

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris,

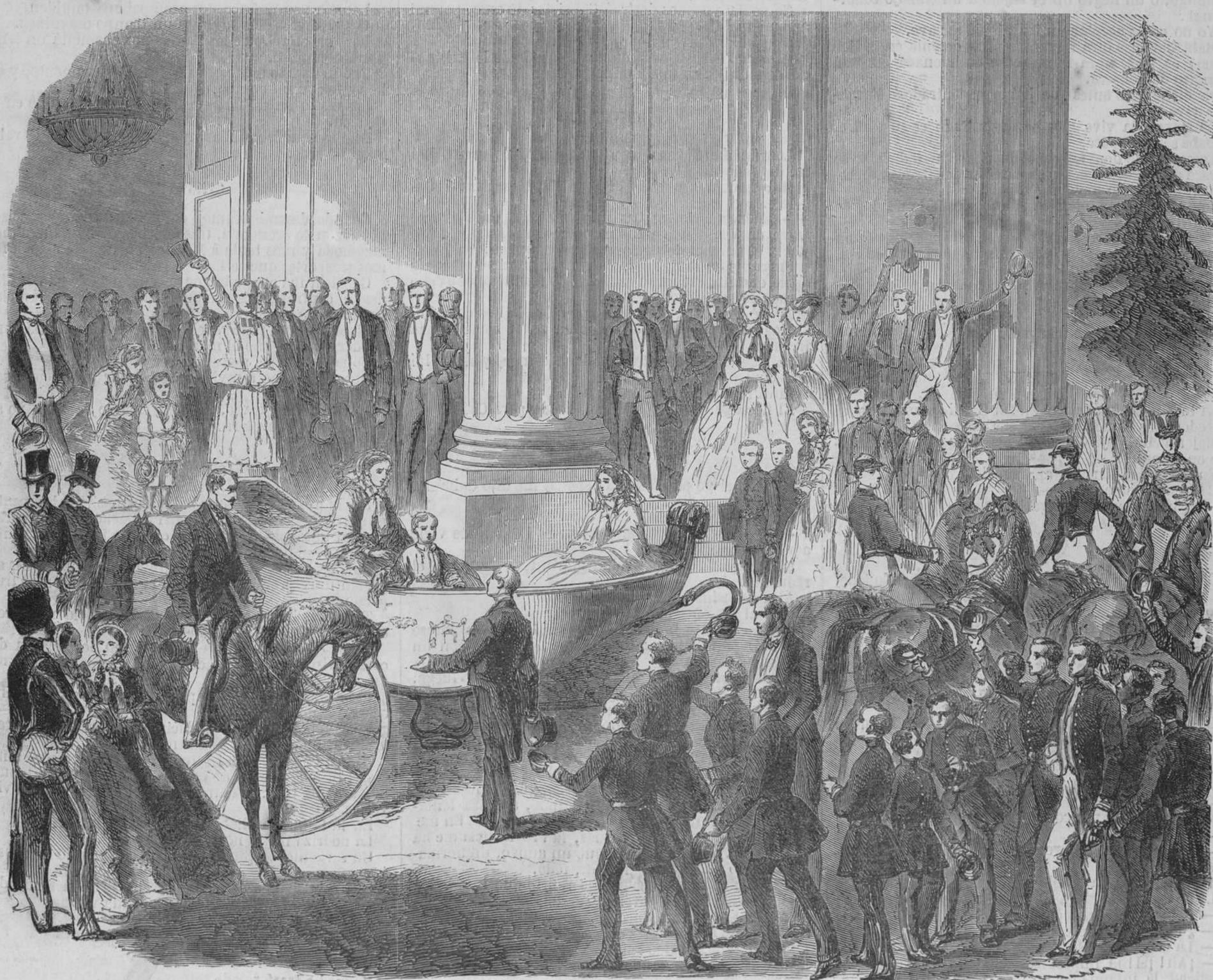
Año 19. — N° 398.

SUMARIO.

Visita del príncipe imperial al liceo de Versalles; grabado. — La Dama de noche. — El general marqués de Beaufort de Hautpoul; grabado. — Proyecto de monumento á la memoria del almirante Bruat en Colmar;

grabado. — Expedicion de Sicilia; grabado. — Revista de Paris. — Los pueblos del Libano; grabados. — Cuentos fantásticos. — La oliva. — Embellecimientos de Paris; grabado. — Nueva fuente ejecutada para la ciudad de Chateaudun; grabado. — Teatro de la Academia imperial

de música; grabado. — Estudios de costumbres. — Eclipse de sol del 18 de julio. — El marqués Trecehi de Cremona; grabado. — Estatua del mariscal Jourdan; grabado. — El preso misterioso; grabado. — Monseñor Luis Martín Porehez; grabado.



VISITA DEL PRINCIPE IMPERIAL AL LICEO DE VERSALLES EL 30 DE JULIO.

Visita del príncipe imperial al Liceo de Versalles.

El lunes 30 de julio el joven príncipe imperial acompañado de la camarista de servicio y de su caballerizo, llegaba inesperadamente al Liceo de Versalles, donde le recibían con ardientes muestras de afecto los alumnos que habían manifestado el deseo de verle. El joven príncipe pasó á la capilla, donde los alumnos cantaron un *Domine, salvum*. Nuestro dibujo representa el momento en que, después de haber salido de la capilla, el príncipe encarga al provisor que anuncie á sus jóvenes amigos que les ha concedido un día de asueto.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuación.)

Cualquiera de estos dos medios me repugnaba. Por una parte, en mi larga permanencia en un país civilizado, había acabado por contraer completamente sus costumbres, su manera de ser: el guerrero salvaje había desaparecido: mi lago, mis cabañas me habrían parecido horribles.

Además, aquello me hubiera recordado á Itumela, á mi esposa á quien había olvidado por un cadáver, por Margarita.

No podía ser.

Había sentido remordimientos insoportables, los sentía aun por el comercio que había hecho con la sangre de mis hermanos, temía el castigo del cielo, y me repugnaba incurrir de nuevo en el crimen.

No volviendo á mi patria, no empleando aquellos restos de mi fortuna en un viaje para la trata del ébano vivo, yo no sabía de qué modo podría aumentar mis escasos recursos.

Debían gastarse muy pronto, y entonces yo sería un mendigo, ó un negro libre, sujeto á un trabajo condicional.

Yo no podía aceptar un trabajo de esclavo.

Había además otra razón que me detenía en la Habana; es más, en la misma casa abandonada por don Lorenzo de Fonseca.

He dicho poco antes que había encontrado á Margarita viva.

La Margarita viva que he encontrado es su madre. Debe ser su madre.

La esposa de don Lorenzo de Fonseca, Gabriela, se parece á Margarita, como se parecen dos figuras vaciadas en un mismo molde.

Solo existe entre ellas la diferencia de la edad y de los sufrimientos.

Ines sin embargo, y esto es extraño, no se parece en nada á su hermana, y por consecuencia en nada se parece á su madre.

Pero dicen que es el retrato exacto de su padre.

¡Pobre hombre!

No tenía él la culpa.

Siempre ese infame marqués.

CLXXX.

La impresión que causó en mí Gabriela me hizo el acreedor más blando de todos sus acreedores.

Mejor dicho, dejé de ser su acreedor para convertirme en su amigo.

En un amigo tierno y apasionado.

Casi en un amante.

¡Se parecía tanto á Margarita!

CLXXXI.

Cuando la liquidación estuvo concluida; cuando todo, hasta los muebles y las ropas de las dos señoras habían sido vendidas; cuando salían transidas de dolor de una casa de donde las arrojaban, encontraron un hombre á la puerta: era yo.

— Señora, dije á Gabriela: está Vd. sola en el mundo.

— Absolutamente sola, caballero, me contestó: mi hija y yo no tenemos más amparo que el de Dios.

— Y mi amistad, la contesté.

Gabriela me miró con profunda tristeza y me dijo: — ¿Hay algún hombre en el mundo que pueda pronunciar dignamente la palabra amistad?

— Yo me he consagrado á Vds.

— ¿Y qué móvil tiene Vd., caballero, para eso?

— La amistad.

— Usted apenas nos conoce.

— ¿Y qué importa?

— Caballero, yo no pretendo ni aun comprender si era...

Y de una manera involuntaria miró á Ines.

La madre desgraciada recelaba de mis intenciones.

— Nos une un vínculo común, la dije.

— ¿Y cuál, caballero?

— La desgracia.

— ¡Ah! ¡sí! la impremeditación de mi marido, la fatalidad, la infamia de un miserable le han reducido á Vd. á la pobreza...

— No hablemos de eso, señora: la pobreza es la menor de las desgracias cuando viene sola: mi desgracia es anterior á mi pobreza.

— Adios, caballero, me dijo Gabriela asiendo á su hija de la mano y dirigiéndose á la salida.

— ¿Y á dónde va Vd.? la dije.

— A presentarme al capitán general.

— ¿Y para qué?

— Para pedirle un asilo para mí y para mi hija.

— ¡En un establecimiento de beneficencia!

— Lo quiere Dios: trabajaremos en él, caballero.

— ¡Trabajar! Vds. trabajar: Vds. no saben un oficio.

— ¡Le aprenderemos.

— En nombre de su hija de Vd., señora, protesto de la nobleza de mis intenciones.

— No, no puede ser.

— ¿No puede ser que yo viva para Vds., que yo trabaje para Vds.?

Había sin duda tal sinceridad, tal verdad en el acento con que pronuncié mis palabras, que Gabriela me miró conmovida, con los ojos llenos de lágrimas, y me tendió la mano.

Pero continuó negándose á servirse de mí.

CLXXXII.

Aquella fué una lucha larga y dolorosa.

Gabriela amargada por sus desgracias, recelosa por sus engaños, no comprendía la razón de mis súplicas, de mis ofrecimientos.

Yo no podía decirle:

— Te amo, con un amor de reflejo, es cierto, pero con un amor violento, porque eres la reproducción de mi Margarita, de mi amor muerto, de mi amor fantástico.

No, yo no podía decirle esto, porque era decirle:

— Tu hija ha dejado de ser: yo la he tenido muerta entre mis brazos. Yo la había preguntado si no tenía más hija que Ines, y me había contestado trémula, pálida, agonizando:

— Sí, tengo otra hija: es decir, tenía: dije tengo, porque mi hija mayor, Margarita, vive en mi imaginación: ignoro si ha muerto, porque... me la robaron cuando era niña.

No podía yo pues decir á Gabriela: te amo, por mi amor á tu hija.

Me hubiera preguntado por ella.

¿Y cómo decir á una madre que duda de la existencia de su hija: tu hija ha muerto?

CLXXXIII.

Logré al fin llevar á una fonda é instalarlas en ella á las dos señoras.

Mi conducta con ellas empezó á tranquilizar á Gabriela.

— Es necesario, amigo mío, me dijo un día, que averigüe Vd. dónde para mi primo el marqués de la Roca: él tiene el deber de velar por nosotras.

Pregunté en la Habana, y me dijeron que el marqués debía encontrarse en su hacienda de los Plátanos á ocho leguas de la ciudad.

Monté á caballo, pero al llegar á los límites de la hacienda, el capataz me dijo que su señor estaba en la Habana.

Pasé de largo sin entrar en la hacienda, y me volví á la ciudad.

Inútilmente busqué al marqués.

Al fin supe que se había embarcado para Cádiz.

CLXXXIV.

— ¡Ah! si yo pudiera ir á España, me dijo Gabriela.

— ¡Iremos, la dije.

— ¡Cómo!

— Nada tengo en el mundo: me es indiferente vivir aquí ó vivir allí.

Me costó una nueva lucha, una nueva campaña el reducirla.

Al fin consentió.

Pero al consentir me dijo:

— Necesitamos hablar de un asunto muy doloroso para mí: para hablar á Vd. de ello, me alejado con un pretexto á Ines.

Guardó por un momento silencio Gabriela, y luego, levantando hácia mí los ojos y poniéndose sucesivamente pálida y encendida, me dijo:

— Yo he cometido ciertamente grandes faltas, Pablo, pero Dios me ha castigado terriblemente; adoraba á mi hija mayor, y la he perdido: mi marido (á quien no amaba, pero á quien no aborrecía) ha desaparecido; acaso ha muerto de una manera horrible. Mi hija Ines, lo único que me queda en el mundo, agoniza lentamente, desesperada, con el corazón desgarrado. En medio de estas terribles desgracias, la Providencia me ha dado en Vd. un amigo; más que un amigo, un hermano. Todo lo puedo revelar á Vd., todo.

Y trémula, avergonzada, me refirió que Ines había sido seducida por un joven pariente suyo; que por resultado de aquella seducción existía una criatura recientemente nacida antes de la llegada de don Lorenzo; que se le había podido ocultar este suceso, y que aquel niño estaba en poder de una negra emancipada que le criaba.

Era necesario que aquel niño nos siguiese á Europa.

CLXXXV.

Arreglase pues todo lo necesario, y se determinó el viaje para de allí á un mes.

Yo aproveché parte de este plazo para volver á la aldea de pescadores, á la roca donde bajo un panteón de piedra calada dormía su sueño eterno Margarita.

Me arrodillé junto á su tumba, y allí, en la cripta del panteón, con mis labios puestos sobre el montecillo de tierra, juré á Margarita velar por su madre y por su hermana.

Hubo un momento en que sentí una especie de vértigo, en medio del cual me pareció ver á Itumela, á mi pobre esposa, á la mujer á quien tanto había amado, saliendo de aquella tumba y exclamando:

— ¿Porqué te has olvidado de mí?

Pero yo no he consignado en estas Memorias los sucesos de mi vida anteriores á mi encuentro con Margarita muerta: yo he puesto una cubierta de remordimientos sobre aquellos recuerdos.

Y sin embargo se sublevaron contra mí, me atormentaron, y con mucha frecuencia cuando quiero recordar á Margarita recuerdo á Itumela.

¿Qué había sido de ella, Dios mío?

¡Esclava tal vez, acaso muerta!

Y yo no la he buscado.

El amor de Margarita me ha vuelto loco.

Ha llenado mi corazón, ha arrojado de él todo lo que no era ella.

Mi vida anterior al día en que la encontré, era para mí un recuerdo confuso, una historia vaga, un sueño.

Amo á Gabriela y á Ines á nombre de Margarita.

Y á nombre de Margarita he descendido rápidamente.

No me conozco.

Mi altivez ha desaparecido.

Me acometen ideas que nunca hubiera creído cupiesen en mi cabeza.

Ideas informes.

Mi expiación es terrible.

CLXXXVI.

Nos hicimos á la vela.

El pequeño hijo de Ines nos acompañaba.

La negra su nodriza nos acompañaba también.

Los primeros días tuvimos un tiempo magnífico.

Pero en el golfo de las Damas nos acometió un temporal horroroso.

Fué necesario alijar gran parte del cargamento, y en la confusión mi equipaje fué lanzado al mar.

Los restos de mi fortuna se habían sumergido en el Océano.

Solo me quedaban diez mil reales de oro que llevaba en el bolsillo.

CLXXXVII.

Cuando desembarcamos en Cádiz, nos fué preciso, por razón de economía, trasladarnos de la manera más incómoda y más lenta á Madrid, en uno de esos infames trasportes que se llaman galeras.

Gabriela iba alentada por la esperanza de que en Madrid encontraríamos al marqués de la Roca, y cambiaría nuestra posición.

Jamás Gabriela me reveló las razones que tenía para confiar en su primo el marqués de la Roca.

Yo por mi parte respeté su secreto.

Ni aun me he atrevido á sospechar cuál puede ser esto.

Pero debe ser grave, terrible, cuando Gabriela no se ha atrevido á revelármelo.

CLXXXVIII.

Por la misma razón que habíamos hecho pobremente nuestro viaje de Cádiz á Madrid, llegados á este paraiso en una posada, y yo me dediqué inmediatamente á buscar habitación.

Debía ser necesariamente barata: diez mil reales se gastan muy pronto aplicados á la manutención de tres personas.

Todas las habitaciones baratas de Madrid me parecieron detestables, estrechas.

Todas estaban encaramadas allá en los tejados de casas altísimas, ó sepultadas en lo interior de patios lóbregos y húmedos.

Las casas de vecindad prometían una sociedad inaceptable de todo punto.

Prescindiendo pues de la población, y me eché á buscar vivienda en los barrios extramuros.

Al fin, en el de San Isidro del Campo encontré una casita limpia, alegre, abierta al Mediodía, y que bastaba para los tres: nos trasladamos á ella y en ella vivimos.

En la familia ha habido una leve variación.

La nodriza negra nos ha abandonado.

Un sargento de provinciales ha encontrado hermosa á Magdalena y la ha arrastrado consigo.

Magdalena se ha despedido, y el hijo de Ines ha sido entregado para que lo críe á una buena vecina.

CLXXXIX.

Yo me he transformado.

¡No me conozco.

Para evitar murmuraciones, á despecho de Gabriela y de Ines paso por su criado.

Visto como vestiria un criado, y las sirvo como tal cuando hay gentes delante.

Cuando estamos solos, somos una familia á quien une la desgracia.

CXC.

Me ha costado un inmenso trabajo el encontrar al marqués.

Me he visto obligado á valerme de la policia.

Al fin he podido ir á verle á un viejo palacio que tiene en el campo á media legua de Madrid.

He ido, y me ha recibido un francés, un hombrecillo encarnado como una remolacha, que siempre se está riendo con la risa de los pícaros solapados, y que me declaró terminantemente que no podía ver al marqués.

Insistí en que á lo menos se entregase al marqués una carta que Gabriela me habia dado para él.

Empezó el criado por negarse; pero mi sufrimiento se extinguió rápidamente, y exigí con tal firmeza, que al fin la carta de Gabriela fué llevada al marqués.

Poco despues el hombrecillo volvió.

— El marqués, me dijo, se ha irritado sobremanera solo al ver el sobre de la carta: me la ha devuelto sin abrirla, y me ha dicho: que digan á esa señora que yo no existo para ella, y que esta es mi resolucion irrevocable; que si se ha venido de allá formando sobre mí proyectos, sean estos cuales fueren, que renuncie á ellos; que no se me incomode; que yo he muerto para todos y especialmente para ella. — Aquí tiene Vd. la carta, añadió el criado, tal cual me la ha entregado usted; y que la he presentado al marqués lo prueba la contestacion que el marqués me ha dado.

En efecto, yo no podia dudar de que el marqués habia visto la carta por los términos de la contestacion que me habia dado el hombrecillo.

Salí desesperado de la quinta.

Nuestros recursos se habian agotado.

Para el dia siguiente no teniamos pan.

Ni me era posible encontrar recursos.

Yo no servia para nada.

Para nada absolutamente mas que para la mar y para la guerra.

Es cierto que era fuerte, vigoroso, pero un trabajo infimo no habria producido lo bastante para atender á la subsistencia de Gabriela y de Ines.

CXCI.

Horribles tentaciones ennegrecidas por la desesperacion se agitaban en mi cabeza.

Cuando salí de la quinta del marqués oscurecia.

A poco que anduve por el camino, oscureció del todo. Nadie pasaba.

De repente sentí los pasos de un caballo.

Se acercaba.

De nuevo la tentacion envolvió mi alma.

Me representé á Gabriela, á la mujer á quien amaba con toda mi alma por el amor de Margarita, á Ines, á su hijo, con hambre, con frio, reducidas á la mas espantosa miseria.

Y el jinete se acercaba.

Llevé la mano al bolsillo de mi chaqueta, y la puse trémulo sobre el puño de mi puñal.

Entonces el jinete llegó á mí y me dió cortésmente las buenas noches.

Un momento despues, aquel hombre caía muerto del caballo á tierra.

Habia saltado sobre el caballo, y mi puñal se habia hundido en su pecho.

Le arrastré fuera del camino.

El caballo asombrado partió al galope.

Habia quedado completamente solo con el cadáver palpitante aun entre un sembrado.

Registré á aquel infeliz, y encontré entre su faja un bolsillo, y dentro del bolsillo diez onzas, á juzgar por el tacto y por el peso.

Arrojé el bolsillo, guardé el dinero y partí á la carrera, horrorizado de mi mismo.

Yo era asesino y ladron.

CXCII.

Di aquel dinero á Gabriela.

Pero conservé conmigo la carta.

— ¿Es esta la contestacion de ese hombre, me dijo pálida y temblorosa.

— Esa, Gabriela; esa y nada mas, la contesté.

— ¿Le ha visto Vd.?

— No: me ha enviado su dinero con un criado.

— Tengo una hija, tengo un nieto, exclamó levantando los ojos al cielo. ¿Que se cumpla la voluntad de Dios!

Y tomó el dinero y le arrojó en su secreter.

CXCIII.

Gabriela está mas enferma cada dia.

Su razon la abandona.

De tiempo en tiempo me da una carta para que la lleve al marqués.

Yo guardo la carta y me voy á buscar una víctima.

Vuelvo y entrego dinero poco ó mucho, á Gabriela, y añado un remordimiento á otro remordimiento en mi conciencia.

Aborrezco al mundo, y le exterminaria para que no las faltase pan.

CXCIV.

Aquí se interrumpian las Memorias de Pablo.

Quedaban aquellas horribles cartas cerradas.

Abri algunas de ellas y todas decian lo mismo, con la sola variante de las palabras.

«Necesito algun dinero. Dame una limosna mas.»

Quemé aquellas Memorias.

Quemé aquellas cartas.

Me parecia percibir, al abrasarse aquellos papeles, el olor nauseabundo de la sangre quemada.

Pero tan fijas habian quedado en mi todas las narraciones, todos los sucesos, todas las pasiones de aquellas Memorias, que he podido reproducirlas.

Pero debo ser franco.

He cambiado todos los nombres.

Debia cambiarlos.

¿Qué importa al que esto lea que los nombres hayan sido sustituidos, si en la relacion de los sucesos hay una horrible verdad?

CXCV.

Cuando el fuego de la chimenea hubo devorado la última carta, el reloj colocado sobre su repisa dió tres cuartos.

Miré la muestra.

Eran las doce menos cuarto.

A las doce me habia citado Margarita.

Tomé mi abrigo y mi sombrero, salí, y á las doce en punto llamaba á la puerta de Margarita.

Salí á abrirme la misma doncella que habia abierto algunas horas antes, y en cuanto me vió me dijo:

— La señora espera á Vd.

CXCVI.

La hallé sentada en un bellissimo gabinete al lado de una chimenea, envuelta en una bata.

Estaba sumamente pálida.

Sus ojos dejaban ver una tristeza profunda.

Mas que tristeza: una desesperacion tranquila, pero mas horrible por su tranquilidad, porque aquella tranquilidad demostraba una resolucion definitiva, irrevocable.

No podia decirse que estaba despeñada; pero sus magnificas trenzas rubias estaban agrupadas sobre su cabeza en un desaliño encantador.

La envolvía un pañolon riquísimo de cachemira, bajo el cual se veía una bata de seda, y á pesar de estar sentada junto á la chimenea, de estar sobradamente alta la temperatura del gabinete, de tiempo en tiempo Margarita temblaba de frio.

Por su actitud, por la expresion de su semblante, por su abandono, se podia adivinar que aquel frio estaba en el alma de Margarita.

CXCVII.

Al verme sonrió con alegría y me tendió la mano.

Por un extraño contraste con el frio que parecia encarnarse en Margarita, su pequeña mano arrojaba de sí un calor extraordinario, un calor febril.

— ¡Ah! gracias á Dios, me dijo; esperaba á Vd. con impaciencia; siéntese Vd. junto á mí: vamos á hablar como dos hermanos.

Me senté junto á Margarita, volví á asir su mano, y ella me la abandonó permitiéndome que la retuviese entre las mias.

— ¿Ha estado Vd. enferma? la dije con ansiedad: acaso lo esté Vd. aun.

— Sí, amigo mio, sí: no estoy propiamente dicho enferma, no me duele nada; pero estoy aturdida, dominada por no sé qué vago frio, pesado, fuertemente fastidioso, que se revuelve dentro de mí. Me parece que sueño ó que no existo; me encuentro, en fin, en una situacion moral fuertemente extraordinaria.

— Hoy he estado aquí al medio dia, la dije.

— Lo sé; y si hubiera sabido que Vd. iba á venir, hubiera prevenido á mi criada; yo solo tengo criadas en esta casa que antes era de contrabando, digámoslo así, añadió sonriendo tristemente, y que desocuparé muy pronto.

— ¿Piensa Vd. salir de Madrid? la dije con anhelo.

— No: pienso salir del mundo, me contestó con una calma que me heló la sangre.

— ¡Oh! eso no puede ser, exclamé aterrado: Vd. no puede haber perdido á este punto la razon.

— No se trata de un suicidio, amigo mio, me contestó repitiendo su triste sonrisa: creo en Dios y tengo la fortaleza que da la fe: me he explicado mal: he usado una frase admitida, pero que es vaga. Pienso ser monja.

— ¡Monja!

— Si por cierto: revelaré mi historia en confesion á un eclesiástico ilustrado é influyente; me ampararé de él, de Vd., porque Vd. me dará el dote, como una limosna hecha á su pobre hermana.

— ¿Qué mal he hecho yo á Vd. para que me trate Vd. tan cruelmente? la dije.

— Siento que mi resolucion lastime á Vd.; á mí tambien me lastima; pero no tengo otro medio: estoy sola en el mundo y pobre... porque yo no conservaré las

pedrerías que ese hombre me ha dado: no sirvo para procurarme la subsistencia: nada sé hacer: no podria dar lecciones de música, de dibujo... pero me repugna someterme á un salario... he pensado en todo... además tengo en el corazon un infierno, y necesito la paz del claustro: cuando salga de aquí, haré entrega por medio de inventario de cuanto tengo á un funcionario público, para que sea entregado al marqués. Usted me ayudará en estos negocios, y despues... guardará usted mi recuerdo, ¿no es verdad?

Yo estaba aterrado y temblaba, y sentia dentro de mí el mismo frio que debia sentir Margarita.

Aquello era una pesadilla insoportable.

— ¿Pero no me ama Vd.? la dije.

— ¡Oh! ¡sí! y ahora que estoy próxima á separarme de Vd. para siempre, comprendo cuánto le amo, no sé por qué; antes de conocerle á Vd. personalmente, conociéndole solo por sus obras, deseaba conocerle: mi alma encontraba algo fuertemente simpático en el alma que se veía tras los versos de Vd.; pero no era amor, no; hace tres dias que nos conocemos, y me parece que le amo á Vd. toda mi vida: yo no puedo explicarme esto sino apelando á la predestinacion, al magnetismo... qué sé yo: el profundo amor que siento por usted es inexplicable, y sin embargo es, le siento, estoy segura de que no es una de esas fascinaciones que pasan...

— Yo tambien... dije.

— Pues bien: la fatalidad ó la Providencia ó los hechos consumados que no podemos destruir nos separan.

— ¿Pero y por qué? Unámonos.

— ¿Y de qué modo? me dijo fijando en mí sus grandes y poderosos ojos celestes de una manera intensa.

— ¿De qué modo? legitimamente.

— ¿Sabe Vd. quién soy yo? ¿lo sé yo misma? me contestó con amargura.

Tuve una tentacion.

Pero la domine, la vencí.

No me atreví á desgarrarla el alma haciéndola conocer nuevos horrores.

Callé pues, dándole una prueba, que ella no podia comprender, de lo profundo, de lo grande de mi amor.

— Para contraer matrimonio se necesitan documentos, me dijo.

— ¿No los tiene ese hombre?

— Yo no se los pediré.

— Pídaselos Vd. por medio de las leyes.

— Podria sobrevenir algo horrible.

— Es decir que ese miserable es dueño del destino de Vd., de mi suerte, de mi felicidad.

— Reducida á huir de él para salvar mi vida, no me queda mas amparo que la religion.

— Pero... ¿qué ha sucedido?...

— Es verdad: nada he dicho á Vd.: estoy aturdida..

Cuando esta mañana antes del amanecer me hice conducir aquí, fué porque me sentí mala: la fuerte conmocion que habia experimentado mi alma recordando los horrores de mi historia, habia influido sobre mi organismo: se me rompía la cabeza. Yo debí arrostrar aquella prueba, porque antetodo yo necesitaba la estimacion de Vd., y para obtenerla, para disipar todas las dudas que podia inspirar mi extrana posicion, necesité descorrer el velo de esa historia terrible. Cuando llegué á casa me fué ya imposible sostenerme de pié. Mi estado se habia resuelto en un vértigo penoso, y fué necesario dejarle pasar.

Cuando estuve en estado de volverme á la quinta del marqués era ya muy de dia.

Pedro sin embargo esperaba con el carruaje á la puerta de esta casa.

Entré en él y me trasladé á la quinta.

Confiaba en que en el estado en que habia dejado al marqués, no habria podido abandonar el lecho para levantarse segun su costumbre al despuntar el dia.

Llegué y pregunté á M. Rouget si se habia levantado.

M. Rouget me dijo que no habia llamado aun.

Subí, y al entrar en el salon...

Margarita se detuvo como al recuerdo de una cosa horrible.

— Al entrar en el salon, continuó al fin, sentí abrirse una puerta.

El marqués furioso adelantaba hácia mí.

En vano recurrí á todos los medios que hasta entonces me habian servido para contenerle.

El marqués se arrojó sobre mí, me asió furioso por la garganta... y mire Vd... mire Vd., Andrés, las señales de la lucha.

Y Margarita se abrió el pañolon, y me dejó ver en su cuello de nácar señales amaratas, rasguños, contusiones horribles.

— Aquello fué una lucha, continuó Margarita.

Afortunadamente logré desprenderme de él á tiempo que atraidos por mis gritos llegaban Luis y M. Rouget.

Yo escapé.

Mandé poner el carruaje y me trasladé aquí.

Despues de esto, Andrés, ¿qué me queda que hacer?

— ¿Quién sabe? la dije: esta situacion puede tener una resolucion imprevista: segun el dicho de M. Rouget, el marqués se encuentra en cama gravemente accidentado.

— ¿Ha estado Vd. en la quinta?

— Sí: fui esta mañana á buscar á Luis.

Medió un ligero intervalo de silencio.

— La resolucion que he tomado, dijo Margarita, es por desgracia improrrogable: no quiero, no puedo, no debo vivir mas que lo indispensablemente necesario á costa de ese hombre.

(Se continuará.)

EL GENERAL MARQUÉS

de Beaufort de Hautpoul.

El general marqués de Beaufort de Hautpoul, comandante del cuerpo expedicionario francés que ha pasado á Siria, nació en 1804 en Nápoles, donde residía su padre, comandante de batallón de ingenieros en aquella época.

Alumno de las escuelas de Saint Cyr y de estado mayor de 1820 á 1824, hizo mas tarde la campaña de Morea; y figuró en la primera campaña de Argel en 1830 como edecan del general de ingenieros Valazé. De 1834 á 1837, el mariscal Soult, ministro de la Guerra, le envió á Egipto y á Siria en mision militar. Al salir de Siria el oficial de estado mayor francés fué agregado á la embajada de Francia en Persia, de donde volvia cuando le encargaron una nueva mision para el Egipto.

Nombrado ayudante del duque de Aumale, permaneció hasta 1848 con este príncipe en Argelia donde ascendió á comandante de escuadron y teniente coronel. Con calidad de tal tomó parte en el brillante hecho de armas que decidió la toma de la smala de Abd-el-Kader.

En 1848 el general Cavaignac llamó á Paris al teniente coronel; pero el Africa convenia mejor que Paris al teniente coronel Beaufort, que regresó en efecto en 1849 para ser durante cinco años el comandante de estado mayor del general Pelissier, que entonces mandaba en la provincia de Oran.

Nombrado coronel en 1850 y general de brigada en 1853, el general Beaufort tomó parte en varias expediciones contra Marruecos, y mandó sucesivamente las subdivisiones de Mostaganem y Tlemcen.

Vuelto á Francia en 1858, poco antes de la guerra de Italia, fué nombrado comandante de estado mayor del 5º cuerpo, y en fin, últimamente, era presidente de la comision de demarcacion para la cesion de la Saboya y del condado de Niza á la Francia.

Ningun oficial podia convenir mejor que el general Beaufort para una expedicion á un pais cuyos recursos y condiciones militares y políticas ha podido estudiar detenidamente.



El general marqués DE BEAUFORT DE HAUTPOUL, comandante de la expedicion de Siria.

Proyecto de monumento á la memoria del almirante Bruat en Colmar.

La ciudad de Colmar quiere levantar un monumento

á la memoria de su glorioso hijo el almirante Bruat, el célebre marino, uno de los héroes de la guerra de Crimea.

Hombre de pensamiento y de accion, Bruat se mostró en los consejos como en los combates, siempre en el puesto de honor.

Ardiente para servir á su pais, hizo respetar la bandera francesa en todos los mares del globo; y ocupa una página brillante en los anales marítimos de la Francia, donde están grabados los nombres de Argel, Navarino y Sebastopol.

Colocado en la ciudad donde nació, el monumento del almirante dirá las gloriosas tareas que llenan el intervalo de su humilde cuna á su ilustre sepulcro.

Este monumento se colocará en el mejor sitio de la poblacion, el paseo del Campo de Marte. Antes el municipio tenia el proyecto de elevar ahí una fuente monumental; y despues ha tenido la feliz idea de reunir en uno solo entrambos proyectos. La obra, confiada al estatuario M. Bartholdi, se llevará á cabo mediante una suscripcion pública que está abierta actualmente en todo el imperio.

P. P.

Expedicion de Sicilia.

EL COMBATE DE MILAZZO.

Alejandro Dumas ha consignado en la siguiente carta los interesantes pormenores del combate de Milazzo.

Al señor brigadier Jacinto Carini, inspector general de caballeria.

Milazzo 21 de julio de 1860.

« Mi querido Carini:

Gran combate y gran victoria; 7,000 napolitanos han huido delante de 2,500 italianos.

Me ha parecido que esta noticia seria un bálsamo para vuestra herida, y os escribo bajo el cañon que hace fuego (muy torpemente por cierto, hagámosle esta justicia) contra la Villa de Edimburgo y vuestra humilísima Emma.

Mientras Bosco gasta la pólvora en salvas, tenemos tiempo para hablar; hablemos pues.

Hallábame ayer en Catania cuando llegó á mis oidos



PROYECTO DE MONUMENTO Á LA MEMORIA DEL ALMIRANTE BRUAT EN COLMAR.

un vago rumor referente á la salida de Mesina de una columna de napolitanos, la cual se dirigia al encuentro de Médici; inmediatamente expedi un propio al cónsul francés en Mesina, quien me respondió que era cierta la noticia. En seguida levamos anclas, esperando que podriamos llegar á tiempo á Milazzo para ver el combate. En efecto, al dia siguiente, en el momento

Melenchini mandaba la extrema izquierda, el general Médici y Cosenz el centro; la derecha, compuesta nada mas que de algunas compañías, no tenia otro objeto que cubrir la izquierda y el centro para evitar una sorpresa. El general Garibaldi se colocó en el centro, es decir, en el sitio donde suponía que la acción seria mas reñida. El fue-



VOLUNTARIO DE CENTINELA.



¡ BARRICADA ENFRENTA DEL TORREON DEL PUERTE DE MILAZZO.

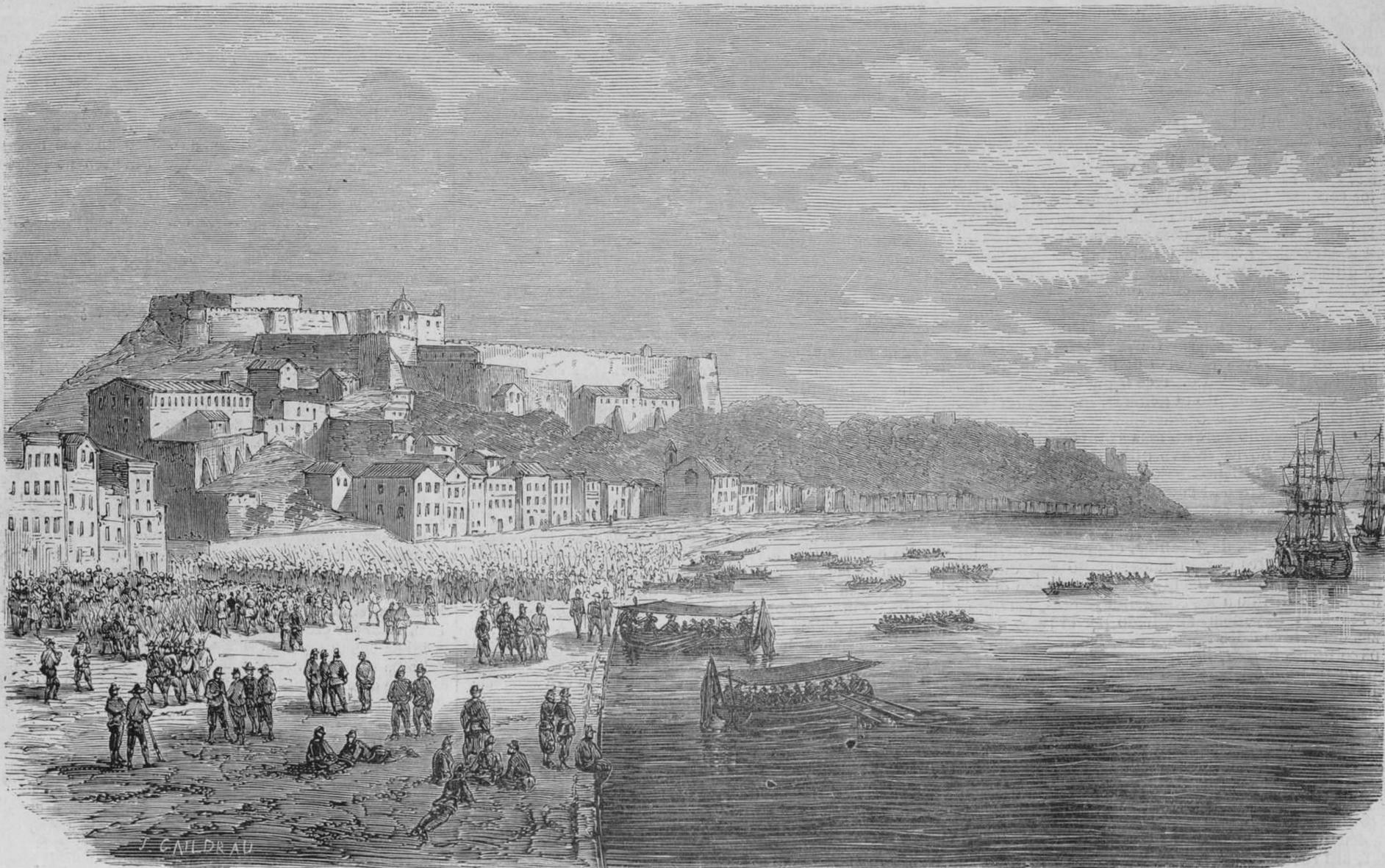
en que entrábamos en el golfo oriental se trababa la lucha. Hé aquí lo ocurrido; podeis ver tanto mas en la exactitud de los hechos, cuanto que yo mismo los he presenciado.

El general Garibaldi salió el 18 de Palermo, y el 19 llegó al campamento de Meri, donde dos dias antes habia habido encuentros parciales. Apenas desembarcó, pasó revista á las tropas de Médici, que le acogieron con entusiasmo.

Al rayar el alba el dia siguiente, todas las tropas se pusieron en movimiento para atacar á los napolitanos que habian salido de la fortaleza y ciudad de Milazzo que ocupaban.



SOLDADO DE GARIBALDI.



EMBARQUE DE LAS TROPAS NAPOLITANAS EN EL MUELLE DE MILAZZO DESPUES DE LA CAPITULACION.

go comenzó por la izquierda, y á mitad de camino entre Meri y Milazzo. Las avanzadas napolitanas fueron descubiertas entre unos cañaverales donde se habían agazapado.

Después de un cuarto de hora de tiroteo por la izquierda, con el centro enfrente, las fuerzas italianas se encontraron en presencia de la línea napolitana, que fué atacada y desalojada de sus posiciones.

Durante este tiempo, la derecha arrojaba á los napolitanos de las casas que ocupaban.

Bosco lanzó una masa de 6,000 hombres contra 300 ó 600 agresores que le habían obligado á replegarse, y que compelidos por el número tuvieron que retirarse á su vez.

El general envió corriendo á buscar refuerzos, y en cuanto estos llegaron, se atacó de nuevo al enemigo guarecido en los cañaverales y las higueras de India; esto era muy desventajoso para los italianos, que no podían cargar á la bayoneta.

A Médiçi, que no marchaba á la cabeza de sus soldados, le habían muerto su caballo; Cosenz recibió una bala fría en el cuello y había caído. Todos le creían mortalmente herido, cuando se levantó gritando: ¡Viva la Italia! Afortunadamente su herida era leve.

El general Garibaldi se puso entonces á la cabeza de los carabineros genoveses con algunos guías para hacer frente á los napolitanos y atacarlos por el flanco, contando así la retirada á un gran número de ellos, pero se encontró con un cañon que se opuso á esta maniobra.

Nissori y el capitán Statella se lanzaron entonces con unos cincuenta hombres. El general Garibaldi se hallaba á la cabeza y dirigía la carga. El cañon vomitaba metralla á veinte pasos de distancia, causando efectos terribles, pues solo quedaron en pié cinco ó seis hombres. El talon de la bota y un estribo del general Garibaldi fueron llevados por una bala de cañon. Su caballo fué también herido, y no pudiendo ser contenido, se vió obligado á abandonarle, así como su revólver. El mayor Breda y su trompeta fueron heridos; á su lado cayó Nissori sobre su caballo herido de muerte por un casco de metralla. Statella permanecía firme en medio de un huracán de metralla, todos los demás estaban muertos ó heridos.

Viendo el general entonces la imposibilidad de apoderarse de frente de este cañon, causa de tantos estragos, ordenó al coronel Doune que tomara algunas compañías y se lanzara con ellas al través de los cañaverales, recomendando á Nissori y Statella, que tan pronto como pasasen estos cañaverales, saltaran por encima de la tapia que debía hallarse enfrente y se precipitaran en el acto sobre el cañon, que no debía estar muy distante.

Este movimiento fué ejecutado por los oficiales y unos cincuenta hombres que los siguieron con grande arrojo; pero cuando llegaron á la carretera, la primera persona con quien se encontraron fué con el general Garibaldi, que se hallaba allí á pié con la espada en mano.

En este momento tronó el cañon y mató algunos hombres, los demás se arrojaron sobre la pieza, se apoderaron de ella y la llevaron al lado de los italianos. Entonces se entreabrió la infantería napolitana y dió paso á una carga de la caballería que quiso recobrar la pieza.

Los soldados del coronel Doune, poco habituados al fuego, se echaron á ambos lados de la carretera, en vez de resistir la carga calando sus bayonetas; pero las higueras de Indias á la izquierda y la tapia á la derecha los contuvo. La caballería pasó como un torbellino, sufriendo el fuego que por derecha é izquierda le hacían los sicilianos, — ya había desaparecido la perplejidad de un momento. — El oficial napolitano hizo entonces alto y quiso replegarse; pero se vió rodeado por Garibaldi, Nissori, Statella y cinco ó seis mas. El general brincó á la brida del caballo del oficial gritándole: « ¡Rendíos! » Por toda contestacion el oficial le tiró una cuchillada; el general Garibaldi pudo parar el golpe, y de un revés le cortó el pescuezo. El oficial vaciló y cayó de su caballo. Tres ó cuatro sables amenazaban en este momento al general, que de una estocada hirió á uno de los acometedores. Nissori mató á otros dos y el caballo de otro mas con tres tiros de revólver. Statella no se estuvo quieto por su parte, y derribó á otro del caballo abajo. Un soldado desmontado de su silla se arrojó al cuello de Nissori, que á quemarropa le rompió el craneo con el cuarto tiro de su revólver.

Durante esta lucha de gigantes, el general Garibaldi reunió sus hombres diseminados; cargó con ellos, y mientras exterminaba ó hacia prisioneros desde el primero hasta el último á los cincuenta jinetes, persiguió de cerca á la bayoneta, auxiliado por el resto de las fuerzas del centro á los napolitanos, bávaros y suizos. Los napolitanos huyen, los bávaros y los suizos se resisten un momento y huyen á su vez; la jornada está decidida, la victoria todavía no, pero pronto lo será por el héroe de la Italia.

Todo el ejército napolitano emprendió su retirada hácia Milazzo; fué perseguido hasta las primeras casas, y entonces los cañones del fuerte tomaron parte en el combate.

Ya conocéis la situación de Milazzo, construida sobre una península. El combate que había comenzado en el lado oriental, se había retirado poco á poco al occidental; allí se hallaba la fragata *Tukeri*, en otro tiempo la *Veloce*. El general Garibaldi se acordó de que había comenzado su carrera siendo marino, se lanza sobre

el puente del *Tukeri*, salta encima de la antena y de allí domina el combate.

Una fuerza de caballería é infantería napolitana salía del fuerte para socorrer á las tropas reales; Garibaldi hace dirigir contra ellos una pieza de 60 y los ametralla á un cuarto de tiro de caza; los napolitanos huyen sin esperar el segundo disparo.

Entonces se trabó una lucha entre el fuerte y la fragata; Garibaldi ve que ha conseguido atraer hácia sí el fuego del fuerte, se lanza á una lancha con veinte hombres, aborda y vuelve en medio del fuego de fusilería de Milazzo.

Este tiroteo continuó todavía una hora, después de la cual, rechazados los napolitanos de casa en casa, entraron en el castillo.

Yo había permanecido presenciando el combate desde el buque, lleno de impaciencia por abrazar al vencedor. En esto se hizo de noche, desembarqué, y mientras se oían los últimos tiros entramos en Milazzo.

Es imposible formarse idea del desorden y terror que reinaban en la ciudad, que se dice es poco patriota.

Los muertos y heridos yacían en las calles, y la casa del cónsul francés estaba llena de moribundos; el general Cosenz se encuentra en el número de los heridos.

Nadie sabía decirme dónde se hallaban Médiçi y Garibaldi.

En medio de un grupo de oficiales ví al mayor Cenni, el cual se ofreció á acompañarme donde estaba el general.

Entonces, tomando el camino de la marina, encontramos al general bajo el pórtico de una iglesia, rodeado de su estado mayor. Estaba echado, con la cabeza apoyada en la silla de su caballo, rendido de cansancio; dormía. Su cena estaba junto á él: se componía de un pedazo de pan y de un jarro de agua.

Mi querido Cariù, trasladándome á dos mil quinientos años atrás, me veía enfrente de Cincinato.

Dios os lo conserve, mis queridos sicilianos, porque si alguna desgracia os privara de él, el mundo entero no podría daros otro semejante.

Todavía tengo que decir os otras muchas cosas, pero os las diré verbalmente.

El general ha abierto los ojos, me ha conocido y me mira.

Hasta mañana.

Vuestro de corazón:

ALEJANDRO DUMAS.»

Revista de Paris.

La fiesta del 15 de agosto ha tenido lugar con arreglo á lo dispuesto en el programa, habiendo sido favorecida por un hermoso tiempo que seguramente nadie tenia derecho de esperar. Hace meses que en Paris llueve continuamente, y aun los habitantes mas antiguos de esta capital no recuerdan un verano igual al que estamos pasando. De todos modos, el cielo se mostró propicio el día de la fiesta. En cuanto al aspecto de ella, nada nuevo tenemos que decir; fué la repetición de lo que vemos todos los años en ese día. No hay duda que sería difícil introducir innovaciones esenciales en el programa de los regocijos públicos. Funciones gratuitas en los teatros, y juegos al aire libre durante el día, con fuegos artificiales é iluminaciones por la noche: tal es el eterno resumen de las fiestas parisenses. El pueblo de la capital se queda satisfecho, y esto basta. Segun una estadística oficial, parece que han llegado á Paris con motivo de la fiesta mas de trescientas cincuenta mil personas del extranjero y de las provincias.

La gran preocupacion de los habitantes de Paris en la temporada actual es el estado de la atmósfera. En cuanto los parisenses se levantan, se asoman con ojos adormecidos á los balcones buscando el sol, el mas querido de todos sus huéspedes; pero este huésped ingrato multiplica las ausencias con una obstinacion de que no hay ejemplo. Así el domingo, en vez de correr al campo, es preciso permanecer en casa, sin otra distraccion que la de ver por los cristales cómo llueve.

De estas tempestades perpetuas resulta una tristeza insuperable; los parisenses suspiran por los climas del Mediodía, por esos climas afortunados donde hay luz y calor, donde hay flores y frutas, donde el estío no es una ilusion, como lo es este año en esta capital tan llena de ilusiones de toda especie. Con este tiempo los que trafican con modas y novedades, todos los que viven de industrias veraniegas se lamentan; en cambio los cocheros y los vendedores de paraguas rebosan de júbilo. Los teatros están llenos todas las noches, y los bailes al aire libre, el Hipódromo, el concierto Musard se ven en la precision de cerrar sus puertas.

¿A qué fin salir á tomar aguas cuando se toman en Paris todos los días y á todas horas? Dudamos que ninguna poblacion del mundo haya recibido este verano un baño tan general y abundante como el que aquí se recibe. Los que poseen casas de campo en las cercanías de Paris no quieren rendirse á la evidencia, y organizan fiestas venecianas con banquete al aire libre; pero llega el agua, que impelida por el viento, barre las linternas venecianas y trasforma los prados en torrentes; los vestidos blancos huyen al coche ó al camino de hierro, y todo el mundo tiritó de frío. ¡Y sin embargo, estamos en agosto y en la canícula!

Entre tanto las representaciones de la *Semiramis* en el teatro de la Opera francesa continúan llamando la atencion de los extranjeros que este año, como de costumbre, han venido á pasar en Paris la temporada de verano. No obstante, el lunes último asistimos á la funcion, y podemos asegurar que el público se mostró muy frio con las hermanas Marquisio, excepto en el duo famoso en el cual sus voces se armonizan

tan perfectamente; — es verdad que en todo lo restante carecen de facultades y de arte escénico para desempeñar como es debido las partes que tienen á su cargo. Luego la ópera parece cada vez mas larga con los inmensos recitados que la han añadido y con el baile. En cambio todo el mundo á una voz celebra las decoraciones; nunca se ha visto un lujo igual, un espectáculo mas grandioso. Nuestros lectores podrán formarse una idea de la segunda, que representa los jardines de la reina de Babilonia por el dibujo que damos en la pág. 125.

A propósito de los recitados de la *Semiramis*, tenemos que contar una anécdota.

Ya hemos dicho que el maestro Carafa fué el encargado por Rossini de todos los arreglos que la dirección del teatro de la Opera juzgase oportuno hacer en su partitura.

Carafa, que asistía á los ensayos, pensó una vez que uno de los recitados de Rossini era de un gusto demasiado antiguo, y que sería bueno reemplazarle con otro.

Con efecto, así lo hace, y entrega el nuevo recitado á Carlota Marquisio, diciéndola que al otro día le cante en el ensayo.

Carlota estudia el recitado, y luego dice al director de orquesta:

— Yo prefiero cantar el de Rossini; le creo mejor, y estoy segura de que hará mas efecto.

— ¿Qué ha dicho Carafa?

— Que su forma es un poco antigua, y que no gustará por eso; pero á mí me parece lo contrario.

— Tiene Vd. razon, responde el director de orquesta; cante Vd. el de Rossini.

— Sí; pero ¿qué dirá Carafa?

— No tenga Vd. cuidado.

— Algo habrá que decirle.

— Nada, absolutamente nada; yo respondo de todo.

Al otro día Carafa llega al ensayo y se sienta diciendo:

— Vamos á ver mi recitado.

Carlota se aproxima y canta el recitado de Rossini que es aplaudido por todos los presentes. El mismo Carafa se entusiasma y... aplaude.

— Amiga mía, ha cantado Vd. divinamente, exclamó el maestro dirigiéndose á Carlota; pero confiese Vd. que mi recitado es hermosísimo. Nunca he compuesto nada que me haya salido tan bien.

— ¡Es verdad! ¡es verdad! gritaron por todas partes.

Y Carafa salió aquel día triunfante del ensayo.

Otra anécdota á propósito de la manía de intercalar bailes en todas las óperas que se ejecutan en ese teatro.

Actualmente se estudia una ópera de un maestro alemán llamado Wagner, el mas nebuloso y complicado de todos los compositores que ha producido la patria de Beethoven y de Weber, tanto que él mismo se ha dado el nombre de *músico del porvenir*, porque desconfía de las fuerzas de la presente generacion para comprenderle: esta ópera se titula *Tannhäuser*.

M. Nuitter ha hecho la traduccion del libretto. Wagner queria que esta traduccion se hiciera en prosa, y ha habido que luchar un poco para que consintiera en verle traducido en verso.

Pero el gran motivo de la lucha ha sido este.

— Ya sabe Vd., dijo el empresario al compositor, que necesitamos un baile.

— ¿En dónde?

— En su ópera de Vd.?

— ¡En mi ópera! Nunca; no cuente Vd. con él, respondió Wagner indignado.

— Entendámonos. Debo advertir á Vd. que el público parisense no es aficionado á la música; viene por ver á las bailarinas, y si no me pone Vd. un baile no vendrá. Ahora bien, como tenemos un público de aficionados que nos deja tres mil quinientos francos por representacion no podemos descontentarle.

— Pues lo que es baile no compongo yo.

— Pues entonces su ópera de Vd. no se representa en mi teatro.

Algunos días después se presenta en casa del empresario M. Wagner, y le dice:

— He compuesto un baile.

— Muy bien. ¿Dónde le ha intercalado Vd.? ¿En el segundo acto?

— No, señor.

— Lo siento; porque en el tercero llega muy tarde; la gente se marcha siempre al fin del segundo.

— Tampoco le he puesto en el tercero.

— ¿Pues en cuál está? ¿En el primero?

— No, señor; le he puesto al principio... antes del primer acto. ¿Cree Vd. que yo podía intercalar un baile en mi obra como se introduce tocino en la carne mechada?

El empresario se incomodó y sigue enfadado; pero no hay modo de hacer cambiar de resolucion á M. Wagner.

El *Tannhäuser* principiará pues por un baile, segun asegura el corresponsal de un diario belga, que es quien nos da á conocer estos pormenores.

El señor Calzado acaba de publicar la lista de los artistas ajustados en su teatro para la próxima temporada. Hé aquí cuáles son por orden alfabético:

Prime donne soprani: señoras Battu y Penco.
Prime donne contralti: señoras Albóni y Ede.
Prime donne comprimarie: señoras Varona y Vestri.
Primi tenori: señores Gardoni, Mario y Pancani.
Primi tenori comprimari: señores Cappello y Morley.
Primi baritoni: señores Badiali y Graziani.
Primi bassi: señores Angelini y Patriossi.
Primo buffo: señor Zucchini.

Seconde parti: señora Leva; señores Cazaboni y Soldi.

Los parisenses están de enhorabuena; tendrán este año á Mario, y podrán admirarle una vez mas en el *Barbero*, en el *Trovador*, en *Rigolotto* y en su última creacion, quiza la mejor de todas, *Marta*. Le secundarán Gardoni y Pancani, el primero dotado de una voz dulcísima, de un físico agradable y muy del gusto también del público parisense; y el segundo

un tenor de fuerza que se ha adquirido en corto tiempo una gran fama en Italia. Este es nuevo en París.

Acerca de la Penca y de la Albani nada podemos decir que no sea una repetición de lo que tantas veces hemos dicho; son dos cantatrices que actualmente no tienen que temer rivales en el arte. El barítono Graziani se ha quedado en París á pesar de las seductoras ofertas de la Rusia; Dios haga que el año próximo no se aumente el empeño de San Petersburgo, en cuyo caso nos despediremos de Graziani; Badiali, que se encuentra cada vez más animado á pesar de sus años, Zucchini, Angelini y Patriossi completan esta compañía que bien puede llamarse de primer orden.

El repertorio será el mismo de siempre; sin embargo, en el programa de las óperas que han de ponerse en escena, señalaremos la *Regina di Golconda* y el *Furioso* de Donizetti, así como también *Il ballo in maschera*, una de las últimas obras de Verdi, que obtiene en el día los mayores triunfos en todos los teatros, y la *Leonore* de Mercadante, que todavía no han oído los parisienses.

Tamberlick no forma parte de la nueva compañía del señor Calzado; parece ser que el fabuloso ajuste para el Brasil, de que se ha hablado tanto, es una realidad: 80,000 pesos fuertes por una temporada.

MARIANO URRABIETA.

Los pueblos del Líbano.

(Conclusion.)

Las tres potencias que en 1833 se encontraron bajo los muros de Sebastopol fueron allí con un falso pretexto, pretexto que durará mientras que las naciones interesadas en la disolución del imperio otomano no se pongan de acuerdo sobre lo que debe hacerse de una nación decrepita que solo se sostiene por su rivalidad.

Si el paso del Pruth por los rusos fué entonces apoyado por la necesidad de proteger á los cristianos de Oriente, si esa misma necesidad lleva hoy á los franceses á la Siria, ¿porqué se sacrificaron más de 200,000 hombres en Crimea? A no engañarnos, ese enfermo paralítico de Oriente ha de costar todavía mucha sangre europea. El gobierno británico, á pesar de los últimos sucesos y de la opinión pública de su país, vuelve á tomar en los asuntos de Levante la actitud de siempre. Es en extremo lamentable que la Inglaterra, por miras políticas particulares, se haya empeñado en sostener un imperio que es un anacronismo en Europa.

Y con todo, la voz de la justicia, cuando hay de por medio sangre inocente derramada y nuevos crímenes previstos en lo porvenir, es más fuerte en una nación que el interés político. El pueblo inglés, por medio de sus órganos en la prensa, ha echado en cara á sus gobiernos pasados, como una lección para el presente, una política que tantas desgracias ha causado en Oriente.

« El sultan, decía poco há *el Times*, reina en el Norte porque estamos celosos de la Rusia; reina en el Mediodía porque estamos celosos de la Francia. Si lo hubiésemos abandonado en 1810, drusos y maronitas fueran quizá mantenidos en estado de orden por un soberano egipcio, que sería en realidad un vicegerente de la Francia.

Si hubiéramos aceptado las ofertas hechas por el emperador Nicolás á sir H. Seymour, tal vez no existiría ya el sultan; y nosotros mismos tendríamos á raya á los drusos.

La Inglaterra ha permanecido fiel á su política. Con razón ó sin ella ha conservado la Siria al sultan Abdul-Medjid; pero las miras políticas no pueden ahora hacernos olvidar los derechos de la humanidad. »

El Examiner, al hablar de la desconcertada actitud que tomaron las potencias europeas en los sucesos de 1840, cuando Mehemet-Alí amenazaba concluir con el gobierno del sultan, y de lo infructuosa que fué aquella intervención para los pueblos de Oriente, dice:

« Sin embargo, lo cierto es que destruimos la influencia francesa que fué el verdadero motivo por el cual combatimos entonces. »

El mismo periódico, diciendo en seguida que sería un hecho injustificable el que Inglaterra se empeñase en sostener la sombra de una autoridad incapaz de dar un buen gobierno, añade:

« ¿No somos en gran parte moralmente responsables de los horrores que están desolando á la Siria? Si no nos hubiésemos mezclado en los asuntos de Oriente no habría en Siria guarniciones turcas que alentasen ó tomaran parte en el exterminio de los cristianos. »

Hé aquí cómo se espresa á su vez el diario titulado *Saturday Review*.

« El llamamiento de lord de Redcliffe á los sentimientos humanitarios y la manera como inculpa á las autoridades turcas, deben considerarse como un reconocimiento de la gran falta que pesa sobre los hombres de estado que por tanto tiempo han sostenido la independencia de la Paerta. La inconveniencia de apoyar á un gobierno débil nunca ha sido tan evidente como en este momento en que recae una gran responsabilidad sobre la potencia que ha evitado la caída del imperio turco. Las razones de estado que han sido el norte de la política inglesa, parece que necesitan de disculpa cuando se ve que el gobierno otomano no quiere ó no puede proteger la vida y la honra de sus súbditos. Desgraciadamente sucede que por un antagonismo natural contra sus vecinos, se ha considerado á los drusos como á los amigos y patrocinados de la Inglaterra. Los maronitas,

como súbditos espirituales del papa, han buscado siempre el apoyo de la Francia, de lo cual se seguía que los drusos miraban con predilección el pabellón inglés. »

Después de estas confesiones tan explícitas de la prensa británica respecto á la política de la Inglaterra en Oriente, estaría por demás ir á buscar en lo pasado hechos que probasen que los gobiernos de esta nación han sido los mantenedores del perjudicial *statu quo* que tantos males ha causado á los cristianos de aquellas apartadas regiones.

Y á pesar de todo la Turquía, aun después de la generosidad de la Francia y de Inglaterra en su última guerra con la Rusia, ha respondido faltando á la promesa de establecer el hatti-humayoum con los asesinos de Djeddah y ahora con los de la Siria. Esta vez hay, sin embargo, la notable diferencia de que el plan de exterminio parece muy vasto, meditado de antemano, ó más propiamente dicho, el resultado de una conspiración en la cual se asegura que han tomado parte los soldados turcos.

El movimiento tiene por lo que se ve ramificaciones en toda la Siria, y los cuatro bajalatos de Damasco, Alepo, Trípoli y Acre, que componen esta provincia, están quizá llamados á presenciar las escenas sangrientas de que han sido teatro Haseabaya, Rachaia y Der-el-Kamar, pueblos destruidos por la ferocidad de los drusos después de haber pasado á cuchillo á sus habitantes.

Por consiguiente, la justicia, el derecho de gentes y el cristianismo ultrajado reclaman en Oriente la intervención de las potencias europeas, pero una intervención eficaz que haga que no puedan repetirse nunca más esos asesinatos contra toda una raza inofensiva sin haber mediado la menor provocación por parte de las víctimas. Es una ignominia para la Europa el que dos millones y medio de turcos fanáticos tengan oprimidos á catorce millones de cristianos á quienes tratan como á párias.

Si el egoísmo político triunfara también esta vez de los sentimientos y de los deberes humanitarios, los hombres de estado tendrían que dar cuenta á Dios, ya que no á tantos millones de corazones nobles que claman en favor de sus hermanos de Oriente, de la sangre inocente derramada por su imperdonable apatía.

J. MOLA Y MARTINEZ.

Damos en las páginas siguientes dos dibujos que representan el castillo de Beyruth, y uno de los cuadros más horribles del espantoso degüello de maronitas que ha tenido lugar en Damasco. Uno de los desgraciados cristianos de esta ciudad, que quizá ha sido al fin sacrificado como tantos otros, iba escribiendo este triste diario.

Damasco 9 de julio.

Esta mañana se veía escrita sobre la puerta de algunas casas esta inscripción: « *Mueran los cristianos!* » A eso de las doce el barrio cristiano se encuentra súbitamente invadido por bandadas de musulmanes; la casa del cónsul de Rusia es una de las primeras atacadas, luego robada y quemada; el cónsul no se encontraba en casa á la sazón; el incendio se propaga á otros puntos; la tropa, provista de piezas de artillería, ve con indiferencia estos crímenes; los ladrones robaban libremente; los soldados hasta dejan sus puestos por tomar parte en el pillaje, y se ven mujeres turcas excitando desde las azoteas á los hombres al robo y al degüello de los cristianos.

Pensamos en defendernos si se nos ataca, creyendo que solo se trata de bandidos; pero al saber que á centenares penetran violentamente en las casas, que degüellan y que por otra parte el incendio nos rodea, pensamos en la fuga; ya no era tiempo, porque cuando subíamos á la azotea estaban forzando la puerta; por medio de una escalera y de azotea en azotea, llegamos á una casa que da á la calle principal, enfrente del consulado de Grecia. Pasaban tropas por la calle, hablamos al oficial y nos contestó que tuviéramos paciencia; uno de los soldados nos apunta con el fusil y apenas tuvimos tiempo para echarnos atrás; entonces nos decidimos á salvar la calle en medio de los disparos que se nos hacían desde lejos, y á refugiarnos en el consulado de Grecia, á cuya puerta estaba un pelotón de soldados; pero á los diez minutos los soldados se marchaban, dejándonos nuevamente expuestos; felizmente el emir Abd-el-Kader apareció al frente de sus argelinos para proteger la fuga de los cristianos y recoger en su casa los que pudiese; reunímonos á él y á nuestro paso veíamos á los soldados robar como los demás.

Después de correr gran peligro llegamos á casa del emir donde encontramos á los cónsules de Francia y Rusia que se habían también refugiado en ella. Sucesivamente llegaron los padres lazaristas, las hermanas de la caridad con sus educandas y 200 niños, sacerdotes griegos, sirios, maronitas y muchos cristianos salvados por los argelinos; la casa del emir estaba materialmente llena de gente. Por la noche el gobernador envió á preguntar á los cónsules y demás europeos si deseaban ser conducidos á la fortaleza, donde se les había preparado habitación conveniente: los cónsules de Francia y otros rehusaron, pero el de Rusia, su médico y yo así como también dos lazaristas, aceptamos el ofrecimiento: en el camino corrimos los mayores peligros, pues tres veces nos salieron al encuentro los turcos, exigiendo que quedásemos en su poder: por

fin llegamos poco antes de amanecer. El incendio era inmenso: las llamas enrojecían el cielo.

Martes 10 de julio. — Los argelinos de Abd el-Kader han recorrido el cuartel cristiano durante toda la noche en medio de las llamas robando todo cuanto han encontrado: á falta de otro sitio se conducía á los cristianos en tandas al castillo, que en poco tiempo encerró miles de hombres, mujeres y niños medio desnudos y algunos heridos. Se sabe que los drusos, turcos y árabes de los campos han llegado á la ciudad para tomar parte en el saqueo: los últimos, venidos más tarde se llevaron consigo al desierto las casas y las solteras. El incendio continúa. No nos hallamos seguros en la fortaleza, cuyas puertas han sido forzadas, y donde no hay apenas cien soldados de guarnición; involuntariamente traemos á la memoria las matanzas de Aicheya y Usbeya, donde bajo el pretexto de protegerlos se había reunido á los cristianos, y luego sus guardianes dejaron á los drusos que los asesinaran cruelmente. Por fin llegan al castillo miles de cristianos, y nos vemos obligados á salir con una escolta para el Serrallo fingiendo llevar una comunicación al bajá; pero en realidad con objeto de buscar allí un asilo más seguro.

Los dos secretarios del bajá nos instaron á que nos quedáramos en su compañía; allí llegaban todas las noticias, todos los pormenores de lo que ocurría en la ciudad. Este día el consulado de Francia es atacado seis veces con la mayor furia. Los desgraciados que se habían refugiado á centenares en los conventos y las iglesias son quemados; los padres de Tierra Santa no pueden huir y perecen todos; en la iglesia griega son más de 500 las víctimas. El bajá, al saber nuestra llegada nos hizo llamar; estaba muy alegre y comimos al son de la música cuando había ya 14,000 cadáveres en las calles! Aquello era horrible. El bajá solo nos dijo algunas palabras acerca de lo que ocurría, y daba por razón que solo había 600 soldados, que no habían sido pagados hacía 35 meses, y más de la mitad de los cuales eran malhechores alistados á la fuerza. Aparentamos tener estas razones por valederas; pero bien sabemos que las mejores tropas habían sido retiradas de propio intento, como que Eseyñ bajá (general húngaro), y Mustafa-bajá (hombre decidido) están en Balbeck y en Hanran con misiones insignificantes.

Miércoles 11 de julio. — Algunos sugetos notables recogen cristianos; se los amenaza con penetrar violentamente en sus casas, si no entregan á los refugiados. El gobernador envía á recoger cristianos para conducirlos á la fortaleza; pero en el camino algunos son degollados en medio de los soldados que no los defienden, y otros se hacen turcos. Los argelinos no pueden ya penetrar en el barrio cristiano, tanto á causa del incendio, como de la cantidad y hedor de los cadáveres que cubren las calles. Estos cadáveres están desnudos, enteramente despojados de sus vestidos. En cuanto á la fortaleza, se lleva á ella pan, dado por las familias turcas y por el consulado de Francia, que ha pagado á precio de oro un horno y harinas para evitar el hambre.

Este día el castillo y aun el Serrallo estuvieron muchas veces gravemente amenazados: afortunadamente circula el rumor de la llegada de tropas de Balbeck y de Hanran.

El gobernador hizo venir algunos *cheisks* drusos y árabes y por medio de ofrecimientos les induce á salir de Damasco: en efecto, se esparcen por los campos dirigiéndose unos á Saknaya, donde saquean un convento griego, mientras otros recorren los jardines y degüellan á los presos cristianos que habían logrado escapar de la población.

Jués y viernes. — El barrio de los cristianos ha sido enteramente presa del incendio; el fuego, falto de alimento se propaga á algunas casas de los barrios turcos y judíos donde se hacen grandes esfuerzos para contener sus progresos. Llegan nuevas bandadas de kurdos, drusos y árabes que amenazan á los barrios turcos y rodean el Serrallo. El bajá tiene miedo y no sin fundamento: el peligro es inminente; ya se han lanzado teas incendiarias contra aquel edificio; vamos á ser indudablemente degollados, cuando la llegada de un mensajero anunciando que Mustafá bajá entra en la ciudad por la puerta de Egipto, disipa instantáneamente á aquellas bandadas frenéticas y aleja por el momento el peligro.

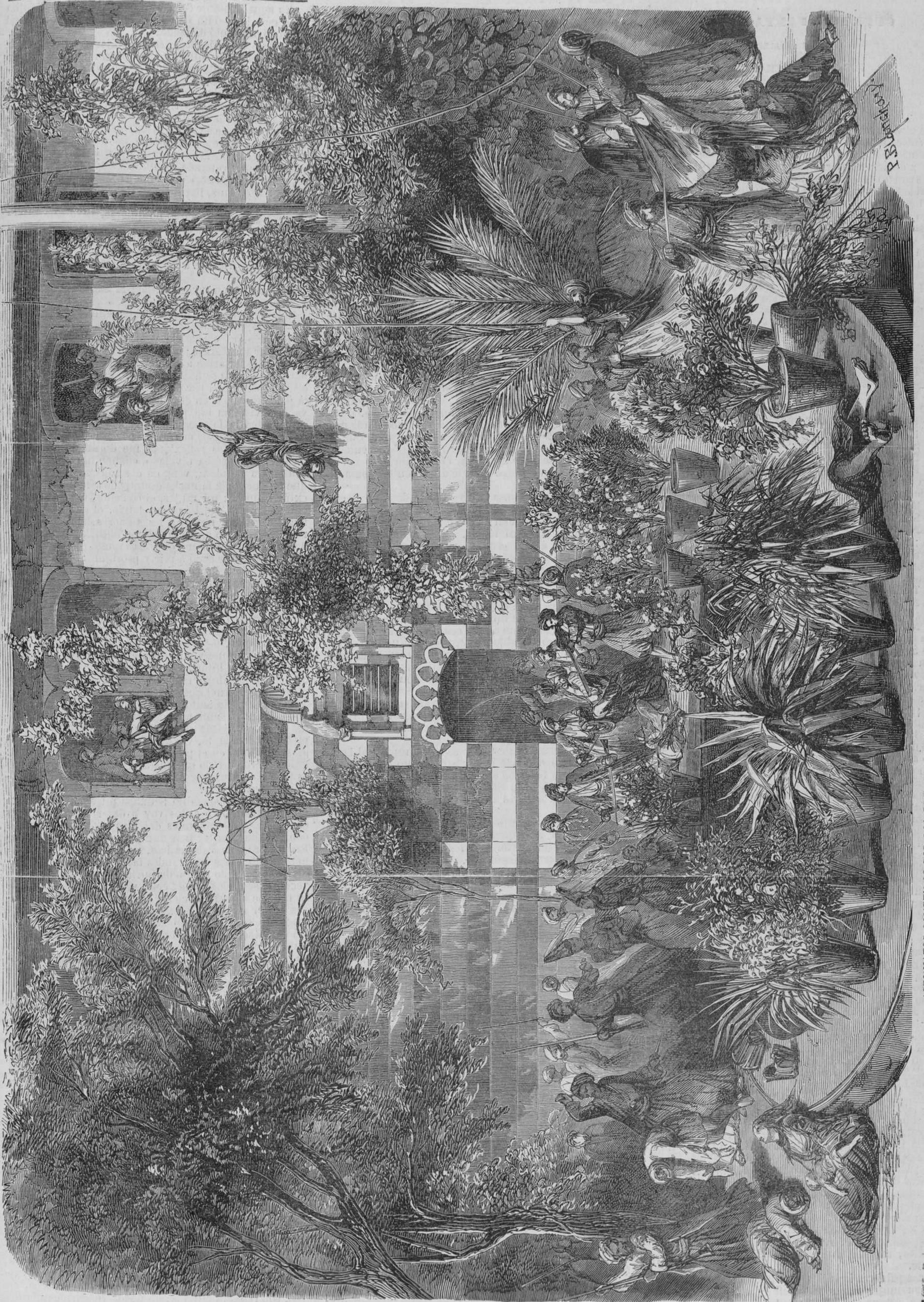
Sábado 14. — Las tropas de Eseyñ-bajá han llegado, pero se teme el desarrollo del tifus ó otra cualquiera epidemia, por lo cual se decide recoger los cadáveres atándolos por los pies á la cola de caballos que los transportan fuera de Damasco. Hasta hoy puede calcularse el número de víctimas en 20,000: se presentan en el castillo turcos que prometen dar auxilio á algunos desgraciados acogidos y defenderlos entre sí: sin sospechar de su moralidad se les concede lo que piden, escogen las madres con sus hijas é hijos, y en las demás mujeres los soldados se entregan á toda clase de excesos. El estado de estos infelices es horrible: las tropas se pasean: hay más calma.

Domingo 15. — La mañana ha sido más tranquila; pero todavía se cometen algunos asesinatos. ¡Cuán agradecidos debemos estar á Abd-el-Kader por todo lo que ha hecho en nuestro favor! Es un hecho curioso que yo entrego á la apreciación de los políticos la indiferencia ó más bien la complicidad del bajá y la tranquilidad del cónsul inglés, que salía solo libremente y sin temor, cuando por todas partes se buscaba á los demás cónsules para degollarlos. »



VISTA INTERIOR DEL CASTILLO DE BEYRUTH

50 DE FEBRERO DE 1848



ASESINATOS COMETIDOS POR LOS DRUSOS CONTRA LOS MAONITAS REFUGIADOS EN EL PATIO DEL CONSULADO DE FRANCIA EN DAMASCO.

CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITOS EN ALEMÁN

POR ERCKANN CHATRIAN.

EL ANTEOJO MARAVILLOSO.

En otro tiempo conocí en Maguncia á un honrado farmacéutico llamado Hans Schnaps. La puerta de su laboratorio se abría sobre el Thiermäck. Pero el boticario en vez de permanecer en su botica se paseaba por las calles con un anteojito enorme debajo del brazo, y dejaba el cuidado de sus drogas á dos estudiantes de farmacia que tenía en su casa.

Era un hombre muy estrambótico con su larga nariz, sus ojillos pardos y su boca desdenosa. Al verle con su ancho fieltro, su casaca de estameña rojiza y la barba cortada en punta, se le podía tomar por un artista flamenco.

Yo solía encontrarle en la taberna del *Pote de tabaco* en el Zeilt; jugaba con él un rato á las cartas y hablábamos de la lluvia y del buen tiempo.

Schnaps no sentía la necesidad de darme á conocer sus ocupaciones, y yo no tenía interés en iniciarle en las mías; á la verdad, esto nos importaba poco á entrambos.

Un día el burgomaestre Zacarías me dijo:

— Doctor Benedum, parece que frecuentais la amistad de un tal Hans Schnaps.

— Es cierto, burgomaestre, á menudo juego con él en la taberna.

— Pues habeis de saber que está loco.

— ¡Ah!

— Sí, señor, loco rematado.

— Pues confieso que no lo he echado de ver.

— Es positivo; en vez de ocuparse de su botica se pasea acá y acullá con un gran anteojito; en suma, pierde su tiempo y sus parroquianos.

— En cuanto á eso él sabrá lo que hace.

— Sin duda, pero es el caso que lo paga su infeliz mujer.

— ¡Ah! ¿tiene mujer?

— Sí; casó con la hija de un mercader de paño; un hombre digno bajo todos conceptos y de la clase acomodada.

— Tanto mejor; Schnaps heredará un día ú otro.

— No lo dudo; pero se comerá los bienes.

— ¿Con su anteojito?

— No, con sus experiencias. Figuraos, doctor, que se ha establecido en un sótano donde fabrica yo no sé qué. Si por casualidad se echa una ojeada á la lumbre se ve el anteojito apuntando; Schnaps os mira riendo... y cuando llega el medio día la mujer tiene que gritarle tres ó cuatro veces: « ¡Hans! ¡Hans! ¡la sopa está en la mesa!... »

— ¡Pobre mujer! es digna de lástima.

El burgomaestre no dudó que yo me burlaba de él, pero fingió que no lo notaba; y me propuso jugar un jarro de cerveza.

Yo acepté y hablamos de otra cosa.

Sin embargo, tan extrañas revelaciones llamaron mi atención.

¿Qué diablo hacia Schnaps en su cueva?

¿Qué significaba aquel anteojito en el aire siempre?

¿Era una locura, ó un experimento serio?

Todo esto me daba vueltas en la cabeza, y al día siguiente me fui á la botica para ver si descubría alguna cosa.

Serian las nueve. La señora de Schnaps, una mujer pequeña y nerviosa, con los ojos sin brillo, el rostro insignificante, mal ataviada, uno de esos seres que sin hablar se presentan ya como víctimas, me recibió detrás del mostrador.

— Mi querida señora, la dije haciendo una graciosa reverencia, ¿dónde podría ver á vuestro esposo M. Schnaps?

— En el sótano, me respondió haciendo una mueca.

— ¡Ya!

Esto pareció agrandar á la excelente criatura, que alzando los ojos me indicó la puerta de la izquierda.

Yo me apresuré á entrar en el comedor, y despues de dar algunos tropezones en la oscura escalera logré poner el pié en las losas del laboratorio.

Era en efecto un sótano, pero alto, ancho, espacioso y bien seco... lleno de anteojos gigantescos, de cristales planos, esféricos, parabólicos, de prismas, etc; en fin, de todos los instrumentos de óptica que se conocen.

Hans Schnaps se volvió con sorpresa al oírme bajar. — ¡Doctor Benedum! exclamó; ¡cuánto agradezco la visita!

Y corría á mí con los brazos abiertos.

Pero yo extendiendo la mano con un ademán trágico, le dije:

— ¡Alto! ¡Alto!... No nos familiaricemos... vengo á tomaros el pulso de parte del burgomaestre.

Schnaps me presentó su brazo con mucha gravedad; yo apliqué el pulgar sobre la arteria, y con voz lenta continué:

— No veo que esteis tan enfermo como suponen.

— ¿Enfermo yo?

— No; todavía no habeis perdido el juicio enteramente.

Estas palabras le hicieron soltar una risa tan aguda, que su mujer asomándose en lo alto de la escalera, miró al sótano con ojo estupefacto.

— ¡Soffa! ¡Soffa! gritaba Schnaps; ¡Ja, ja, ja! ¿Sabes lo que dicen de mí? que estoy loco.

La mujer al oír esto hizo una mueca y se volvió sin desplegar sus labios.

Hans Schnaps que se habia calmado un poco, me dijo:

— Doctor Benedum, tomad asiento... Me habeis puesto de buen humor... ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

Y adelantando para mí un ancho sillón se sentó él también sobre la caja de un daguerreotipo, con sus piernas largas y flacas separadas, los codos sobre las rodillas, y entre sus dedos su barba puntiaguda.

Era en verdad una figura muy extraña vista á la escasa claridad de la lumbre; y los resplandores vagos, indecisos que se esparcían en la sombra sobre aquellos mil instrumentos de óptica, aumentaban la extrañeza del cuadro.

Yo le conté simplemente mi conversacion de la víspera con el burgomaestre, y Schnaps, lejos de incomodarse, se echó á reír á carcajadas.

— ¡Qué animal es el burgomaestre! exclamó; y yo que me estoy ocupando de él...; yo que acabo de inventar una jeringa solo para él... un descubrimiento magnífico, doctor... Contemplad ese anteojito... es la famosa jeringa Schnaps, única en su clase... Hasta el día no conocíamos mas que el medio de limpiar, purgar y refrescar las entrañas del hombre... Pues bien; yo refrescaré y limpiaré con mi jeringa el cerebro de los idiotas, los imbéciles y otros burgomaestres cualesquiera que sean. Derramo en la bomba una decoccion de Voltaire, Schkaspere ó Malebranche; introduzco suavemente la puntilla... aprieto... y hé aquí mi hombre lleno de buen sentido, de poesía ó de metafísica.

Y al decir esto Hans Schnaps hizo tales contorsiones, alargaba y retorcia sus piernas con tal furor, que yo tenía verle rodar con la caja en que estaba sentado; pero felizmente pudo conservar el equilibrio.

— Vaya, vaya, amigo mío, le dije, es una broma divertida.

— No hay broma que valga; teneis demasiado entendimiento, doctor Benedum, para no saber que nuestras opiniones dependen de nuestro punto de vista; un miserable sin casa ni hogar, cubierto de harapos y tendido junto á una esquina ve las cosas de distinto modo que un potentado... el orden social le parece de testable y las leyes absurdas.

— Sin duda, pero...

— Pero, interrumpió Schnaps, ponedme á ese mozo delante de una mesa opípara, en una casa lujosa; rodeadle de flores y de mujeres bonitas, vestidle con ropajes magníficos, alimentadle con manjares exquisitos, y que detrás de su sillón se encuentren unos doce lacayos que le den tratamiento... y le parecerá que todo está muy bien en el mundo, que el orden social es admirable, que nuestras leyes son una obra maestra del espíritu humano.

— Convenido, mi querido Schnaps... esa es la historia de la humanidad... las cosas se ven por un prisma que varia segun la posición que ocupa el observador... pero ¿qué consecuencia sacáis de ello?

— La consecuencia es muy sencilla, repuso el boticario. Si todo depende de nuestro punto de vista, la cuestion de la felicidad se reduce á encontrarse siempre en el punto de vista mas agradable, y tal es precisamente el mérito de mi descubrimiento. Vais á juzgar, doctor.

Y me entregó su anteojito; yo apliqué mi vista y no pude contener un grito de admiración.

Me veía presidente de la sociedad científica de Berlin, robusto, con gruesos mofletes, rebosando salud, condecorado con las órdenes del Mérito, del Aguila negra, del Aguila blanca y del Aguila roja, del Metidje, de la Jarretera, etc... tenía en la mano la campanilla y llamaba al orden á las gentes. A través de los cristales del anfiteatro, distinguía mi carretela con dos caballos y mi lacayo cubierto de galones. Veía mas lejos á mi querida, una primera bailarina prendada de mis encantos, que se paseaba bajo los tilos pensativa y solitaria con una sombrilla en la mano, y me decía yo á mí mismo: « — ¡Benedum! ¡Benedum! ¡hombre dichoso! ¡genio sublime!... ¡hombre grande!... »

Una carcajada irónica me sacó de mi profunda contemplación. Dejé el anteojito y me vi en el sótano enfrente del boticario que me miraba con sus ojillos maliciosos plegados hasta los oídos.

— Y bien, exclamó, ¿qué pensáis de todo eso?

— ¡Oh! mi querido Schnaps, dejadme ese anteojito.

— Imposible, me respondió; habeis de saber que me cuesta diez años de trabajo; que con ese anteojito poseo en cierta manera todo el universo; que veo á mi mujer joven, bonita y obsequiosa; que estoy siempre alegre, risueño y contento; que gracias á él me elevó sobre los monarcas mas poderosos de la tierra; que me hace mas rico que Crespo, mas omnipotente que Jerjes, y que no le daría por nada en el mundo. Y no es todo aun: con ese anteojito puedo darme á mí mismo buen sentido, poesía ó metafísica, segun las necesidades de mi temperamento.

— Pero, por Dios, Schnaps, repuse yo trasportado de entusiasmo, ¿cómo habeis hecho tan sublime descubrimiento?

— No es tan maravilloso como creéis; es simplemente un kaleidoscopio, pero de nuevo género; en vez de dejar caer sus flores y sus cristallitos al acaso, los reúne en un orden natural. En otros términos, es la reunion del daguerreotipo y del telescopio, dos instrumentos que Dios ha reunido en nuestra cabeza.

En aquel instante Schnaps sacó del bolsillo una cajita de concha; tomó un polvo de rapé con mucha lentitud y luego prosiguió diciendo:

— Hace tres años trataba yo de fijar el espectro solar en una placa de cobre, y con este fin habia empleado el cloruro de plata, el betun de Judea, el aceite de lavanda y petroleo, el yoduro de plata, el bromuro de cal sólido y líquido, en suma, todas las combinaciones químicas imaginables sin obtener resultado decisivo. Una tarde bajo la influencia de un compuesto mas sensible pareció que se fijaba la luz roja, anaranjada y violeta; la placa tomó vagamente los colores del iris. Ya estaba yo contentísimo cuando mi querida esposa siguiendo su inveterada costumbre se puso á gritar: « ¡Hans, la sopa está en la mesa! ¡Hans, Hans, Hans, Hans, Hans, Hans, Hans, Hans, la sopa está en la mesa, la sopa se enfria! » Estos gritos me irritaron los nervios. Que quieras que no quieras, tuve que interrumpir la experiencia. Puse la placa de cobre en aquel nicho de la pared que se ve allí, y que me sirve para dejar la luz, y subí para sentarme á la mesa.

— ¿Y qué dijisteis á vuestra mujer?

— Nada.

— Pues yo en vuestro lugar la habria retorcido el pescuezo.

El boticario se sonrió agradablemente.

— Aquella noche, repuso, concluida la cena bajé al laboratorio. El cansancio y el enojo me impidieron continuar mi trabajo; me senté en ese sillón y me dormí. Al despertarme á eso de la una de la madrugada, noté que mi luz se habia apagado; pero el rayo de una estrella penetraba por la lumbre y se reflejaba sobre la placa metálica en el fondo del sótano. Mientras clavaba la vista en ese punto luminoso, pensaba en mi mujer; sentía la necesidad de corregirla; las infinitas miserias domésticas cruzaban por mi mente; en fin, cansado de estas reflexiones me dormí de nuevo. Al otro día todo estaba olvidado, cuando mirando por casualidad á la placa, vengo á descubrir... nada menos que mi sueño de la noche estampado con una exactitud extraordinaria: mi mujer, el comedor, el reloj sobre la chimenea, las vidrieras del fondo, el patio mas allá, todo mi interior hasta en los menores detalles. Únicamente habia esto añadido: yo me hallaba administrando una correccion á mi querida esposa.

El boticario se echó á reír y prosiguió:

— Juzgad cuál seria mi entusiasmo. Entonces concebí mi anteojito; comprendí que el cerebro del hombre es como el ojo de la mosca, un instrumento de óptica de mil caras; que lo que en él se refleja puede salir de él por refracción y estamparse en una sustancia química cuyo secreto acababa de descubrir. Así pues, mi querido doctor, todas vuestras pasiones, todos vuestros deseos, todos vuestros pensamientos, toman un cuerpo en ese anteojito. Improvisais con la mirada mucho mejor que con la palabra; materializais instantáneamente el mundo intelectual que se agita en vuestro espíritu.

Este descubrimiento me pareció milagroso.

— Mi amigo Schnaps, hombre extraordinario, exclamé yo, permitidme que os abrace. Mas grande que una pirámide de Egipto, vuestra memoria atravesará los siglos y brillará en el porvenir como un astro de primer orden. Pero os pido que me aclareis un punto: ¿cómo os podeis administrar un clister de filosofía ó de cualquiera otra ciencia?

— De este modo, dijo Schnaps muy satisfecho con mis lisonjas; pero antes voy á desarrollaros algunas consideraciones generales del mas alto interés. Habeis debido notar, doctor Benedum, que los grandes filósofos, los grandes matemáticos, los grandes poetas y generalmente todos los grandes *ideólogos* acaban miserablemente, siendo objeto de burla durante su vida, y á veces perseguidos como fieras, vienen á ser despues de su muerte la presa de cierta clase de individuos conocidos con el nombre de *hombres prácticos*. Muchas bonitas frases se han escrito desde hace tres siglos contra esa explotación del genio por la medianía, pero esto no impide que las cosas sigan hoy como estaban en tiempo de Homero, de Pitágoras, de Sócrates, y de tantos ideólogos célebres como ha tenido el mundo; es decir, que se les persiga, sin perjuicio de que se hagan reputaciones y dinero con sus descubrimientos. Convengo en que todo esto es muy triste, mi querido doctor, pero en el fondo nada es mas sencillo ni mas natural. Para que una idea tenga curso en el mundo necesita el apoyo de las masas. Ahora bien, las masas que no pueden elevarse á la altura de la idea pura, comprenden admirablemente la idea materializada, es decir, el hecho. La supuesta superioridad de los hombres prácticos sobre los ideólogos no tiene otra razon de ser. Esos señores son ricos, poderosos, gobiernan el mundo, les elevan estatuas... ¿Y porqué?... Porque ponen al alcance de los imbéciles la idea de algun pobre diablo de grande hombre que se murió de necesidad en una guardilla. ¿Es verdad lo que digo?

— Es positivo.

— Pues bien, repuso el boticario con una sonrisa irónica, mi anteojito suprime los hombres prácticos y restituye á los ideólogos la superioridad que les es debida; él materializa las ideas y las pone en comunicacion directa con las masas. Suponed que yo quiera tomar un clister de metafísica; me pego al anteojito... vos me leéis las obras de Kant, y á medida que os escucho, á medida que sus razonamientos entran en mi cabeza, van saliendo y llegan á pintarse en la placa atravesando mi vista; allí se materializan, toman un cuerpo, los veo, son reales, positivos; no puede quedarme ninguna duda sobre mi existencia, en atencion á que me pare-

cen incontestables porque caen bajo el dominio de mis sentidos. Así la operacion produce su efecto.

Mientras Schnaps me explicaba este gran misterio, se apoderaba de mí un deseo fuertísimo de poseer su antejo.

— Mi querido amigo, le dije, supongo que fabricareis muchos antejos como ese. Semejante descubrimiento pertenece á la humanidad.

— ¡A la humanidad! repitió con asombro. Yo quisiera saber qué es lo que la humanidad hace por mí. La humanidad me llama loco, me obliga á vivir con una mujer insostenible... y me dejaria morir de hambre como á todos los inventores si no tuviera el recurso de venderla mis drogas.

— Pero obtendreis la consideracion pública, el aprecio y la admiracion del mundo.

— ¿Qué me importa la admiracion de esos imbéciles? Quitadles los descubrimientos de Guttemberg, de Galileo, de Newton, de Volta, de Daguerre, de Hans Schnaps, y no vereis mas que un monton de asnos arrodillados delante de un sable. ¡La admiracion de esas gentes!... No, no; que la humanidad se fabrique antejos; yo guardo el mio y le empleo para mi recreo personal.

A mí me indignaba tamaño egoismo.

— Schnaps, repuse dominando mi cólera, permitidme que os diga que vuestro razonamiento es absurdo. Fabricais antejos sublimes, es verdad; pero otros labran la tierra, siembran, recogen, hacen moler el grano para vos, os traen el pan á casa; otros os construyen boticas, os hacen vestidos y zapatos; otros os procuran vino, cerveza y tabaco, cosas que no desdenais... Este mundo es una cadena y...

Mientras yo desarrollaba esta tesis el boticario me miraba con su antejo.

— ¡Ja, ja, ja! exclamó interrumpiéndome, veo lo que quereis. La humanidad os importa poco; quereis mi antejo, y no le tendreis, ¡ja, ja, ja!

Y dicho esto apiastó su antejo como se aplasta un gibus, le metió en una caja que cerró cuidadosamente con llave; y luego mirándome con aire sardónico prosiguió:

— Ni volvereis á mirar por él. Que esto os sirva de leccion, y os impida en adelante hacer el hipócrita y predicar el Evangelio en vuestro provecho. Sois un hombre muy astuto, doctor Beneduin; un filántropo; y á mí no me gusta la gente de vuestra especie. Hacedme el favor de tomar el camino por donde habeis venido al sótano.

Me puse encarnado de ira. Tenia vivos deseos de corregir al boticario que me miraba con ojo irónico y me señalaba insolentemente la puerta; pero recordé de repente que los dos machachos que tenia á su servicio eran mozos robustos, y me pareció prudente retirarme.

Después salí de Maguncia para fijarme en Nuremberg, y hace ya dos años que no he visto á Schnaps. Parece ser que sigue paseándose por las calles, con una chaqueta encarnada y su antejo debajo del brazo.

Al menos así me lo escribia últimamente el burgo-maestre Zacarias, y le creo.

¡Qué desgracia que tan magnífico secreto esté en poder de un loco!

¡Cosa singular y digna de observarse! Los hombres de buen sentido nunca han inventado nada; ¡hasta se deben á los locos todos los descubrimientos importantes!

FIN DEL ANTEJO MARAVILLOSO.

La oliva.

A LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y MARRUECOS.

¡Hosanna! Ya el mauritano
Tintó en sangre al ver su suelo,
Vertida para él en vano,
Depone el furor insano
Y la paz baja del cielo.

Como aquilon que descuaja
El roble, á su empuje rudo
Así el cristiano le ataja
Y el islamita sañudo
Ve en su alquicel su mortaja.

Y un dia tras otro dia
Alumbra el sol nuevas glorias
Que ensalzan la patria mia;
Cien combates, cien victorias,
Porque así Dios lo queria.

En tanto allá en su misterio
Ardiendo de gloria en sed,
Yace en triste cautiverio
Melancólico Mahomed
Al ver vacilar su imperio.

Y alza los nublados ojos,
Y traiciones y despojos
Solo descubre á la luz
De los resplandores rojos
Que va extendiendo la Cruz.

Que en lucha desesperada
Ya su ardiente frenesi

En el dolor se anonada,
Y el eco desde Granada
Aun le repite: «¡Ay de mí!»

«Soñé, exclama, que á mi empeño
Mi enemigo se rindiera,
Y ví al tornar de mi sueño
Cuán grande en la liza era,
¡Y yo, infeliz, cuán pequeño!

¡Pues que de hinojos clamaba
Y al profeta le pedia
La victoria y no me oia,
Mientras que el cristiano oraba
Y su Dios le respondia!»

Así en su turbio desvelo
El sultan, en su congoja,
Echa á su ignominia un velo,
De su ilusion se despoja
Y la paz baja del cielo.

Palma de consolacion
En el cénit suspendida,
Alivio del corazon;
Tú eres ¡ay! el galardón
De tanta sangre vertida.

Por tí se aleja el espanto
Huésped en campos desiertos,
Y España postrada en tanto
Ofrece al mártir su llanto
Y su oracion á los muertos.

Y se apiada del horror
Del islam y sus desaires,
Al eco consolador
Del címbalo del Señor
Que en Tetuan rasga los aires.

Y héroes de España en tropel
Al són de aquella campana
Levantán allí un dosel
De coronas de laurel
A la Virgen soberana.

Tierra del ismaelita,
Póstrate ante esa mezquita
Y de la fe marcha en pos,
Ya que tu ciudad bendita
Hoy es bendita de Dios.

Y esa ara, el cristianismo
La ostentará siempre suya
Sin temor al fanatismo,
Pues la huella del bautismo
No hay poder que la destruya.

¿De la vida en lontananza
No descubres ya luciente
El rayo de la esperanza?
Esa aurora de bonanza
Su triunfo anunció al creyente.

¿Y después del vencimiento
No admiraste su bondad,
Cuando con sublime aliento
Amparo te dió y sustento?...
Pues esa es la caridad.

Virtudes que prestán calma
Son, y ramas de la palma
Que alza la aguerrida tropa,
¡Ay! son las flores del alma
De los vergeles de Europa.

De tu letargo despierta
Y reniega de tu error,
Que de pureza una flor
Hoy ha brotado á tu puerta
Para ofrecerte su olor.

Verde oliva cuyas hojas
Coronan nuestras banderas;
Luz que en el mar reverberas
Y tus destellos arrojas
En las hispanas fronteras.

Ese esplendente arrebol
De zona á zona trasmite,
Y así tu fuego acredite
Que un día eclipsaste el sol
Que las arenas derrite.

Ya el vago rumor se escucha
De las naves voladoras,
Que desde las lindes moras
Conducen, tras de la lucha,
A las huestes vencedoras.

Y su pensamiento fiel
La turba á las auras fia;
«Reina, tu pueblo al infiel

Humilló y la paz le envia;
Gloria al pueblo de Isabel.»

La inercia le devoró,
Y bajo su débil planta
Zizaña estéril creció;
Mas ya sus grillos rompió
Y á las nubes se levanta.

Eterno jardín de flores
Y semillero hazafioso;
Convierte en eden de amores
Tus intestinos rencores
Y en tí se alzarán un coloso.

Tú que un dolo al reparar
Llegaste; viste y venciste,
Y engrandecerte supiste,
Pues supiste perdonar;
¿Cómo olvidar lo que fuiste?

No, la paz que al mauritano
Propicio concede el cielo,
Sea la paz del hispano
Y la virtud de este suelo
Admire al mundo cristiano.

La guerra es dogal que oprime,
Tea que el rencor atiza,
Mas la paz, si honor cedime,
Es la hazaña más sublime
Que á la guerra inmortaliza.

Présago del mal que zumba
Clamó: «¡España se derrumba!»
Y España se regenera
Al grito que de su tumba
Exhala Isabel primera.

Plácida oliva que das
Semilla de bendicion;
Al mundo entero dirás
Que aquí despierta un Leon
Para no dormir jamás.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

Embelllecimientos de Paris.

LAS DEMOLICIONES DE LA PLAZA DE SAINT-MICHEL.

Las demoliciones emprendidas en Paris en la orilla izquierda del Sena han destruido la antigua y tortuosa calle de la Harpe y la plaza de Saint-Michel, dejando á descubierto la fachada interior de la enfermeria de los Jacobinos y el trozo de muralla del recinto de Felipe Augusto, que unia la puerta Saint Michel á la puerta Saint-Jacques.

Este recinto partia de la famosa torre de Nesle casi al extremo del puente de las Artes. — Tomando la calle Mazarine, se llega en efecto á la puerta Dauphine cuyo sitio marca todavía una inscripcion. La calle *Contrescarpe-Dauphine* (Ancienne-Comedie) y la calle de *Fossés-Monsieur-le-Prince*, nos conducen á la calle Saint-Michel. La calle de *Fossés-Saint-Jacques*, la calle *Contrescarpe-Saint-Marcel*, la calle de *Fossés-Saint-Victor* y la calle de *Fossés-Saint-Bernard* nos conducen al Sena y designan el puesto de los muros en la orilla izquierda, de que nos ocupamos ahora.

A la altura de la calle Soufflot existian aun á principios de este siglo los restos del famoso edificio llamado *Parloir-aux-bourgeois*. Este edificio, uno de los propios de la villa, que llegó á estar después en el recinto del convento de los dominicos (jacobinos), sirvió de refectorio á los frailes, cuyo monasterio se extendia en todo el espacio comprendido entre la calle de la Harpe, la calle Saint Jacques y la calle de Cordeliers.

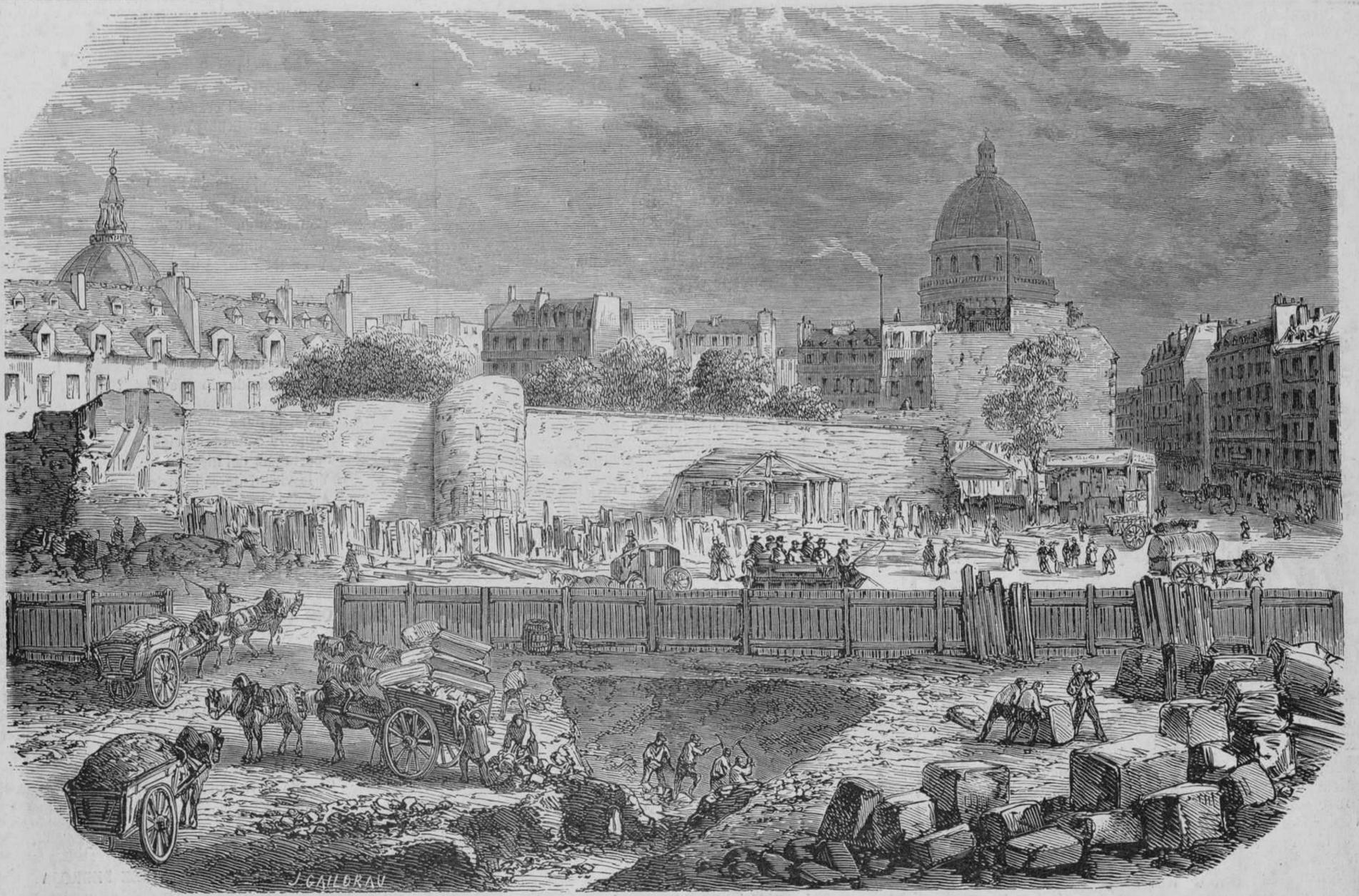
No queda del antiguo convento mas que la enfermeria que sirve de escuela mutua y de puesto de policia á la esquina de la antigua escuela de Santo Tomás y la portada principal del edificio. En los muros de este monasterio, casi en el sitio que ocupaba la puerta Saint-Michel, se ha descubierto en las últimas demoliciones una inscripcion de 1791, destinada á consagrar el derecho dado al pueblo francés por el rey y por la asamblea nacional de elegir y nombrar sus jueces.

H. DE K.

Nueva fuente ejecutada para la ciudad de Chateaudun (Francia).

En Chateaudun se acaba de inaugurar una fuente. Hace mucho tiempo que esta ciudad situada en un alto peñon deseaba una distribucion de agua. El aspecto de la fuente cuyo dibujo damos tiene cierta analogia con el de la fuente de los Inocentes en Paris. Su altura es de 12 metros. La base está formada por un ancho pilon que recibe veinte y ocho caños de agua lanzados por cabezas de leon esculpidas. — A. M. Gaullier corresponde el honor de la concepcion y ejecucion de este monumento, que se armoniza perfectamente con el lugar en que está colocado.

P. P.



ANTIGUAS MURALLAS DE PARIS DESCUBIERTAS POR LAS DEMOLICIONES DE LA PLAZA SAINT-MICHEL.



NUEVA FUENTE EJECUTADA PARA LA CIUDAD DE CHATEAUDUN POR M. H. GAULLIER, ESCULTOR.



GODEFRUY DURAND.

TEATRO DE LA ACADEMIA IMPERIAL DE MUSICA. — SEMIRAMIS, 2º acto. (Véase la Revista de París.)

- Estudios de costumbres.

TRES ERAN TRES LAS HIJAS DE ELENA.

(Conclusion.)

— A propósito de vuestros amores, repuso doña Elena; á propósito del marqués y de don Luis. Hace mas de dos años que vienen á todas horas á casa; dos años que los recibimos en nuestra intimidad, que les tratamos con el mayor cariño y la mas absoluta franqueza, y todavía no nos han dicho una palabra acerca de sus intenciones.

— ¡Supongo que no pensarás en preguntárselas! interrumpió Clotilde con una altanería digna de Cleopatra ó de Semiramis.

— Te prohibo que se las preguntes; dijo Adela, que era siempre el eco de su hermana, como don Ruperto lo era de su mujer.

— Tanto mas, continuó la presunta marquesa, cuanto que á mí me ha hablado Eduardo repetidas veces de ellas.

— Y á mí Luis de las suyas, repitió Adela como un loro.

— Eduardo no puede casarse hasta que muera un tío riquísimo, que le desheredará si no hace una boda á su gusto.

— Luis aguarda para pedir mi mano á que se establezcan sus hermanas, que actualmente viven con él, y que no deben vivir con nosotros una vez casados.

— El tío de Eduardo ha cumplido ya setenta y seis años, y padece de gota.

— Las hermanas de Luis son muy bonitas y tienen cien mil duros de dote cada una.

— Con que ya ves que no habrá que aguardar mucho tiempo.

— Así, bien comprendes que no se quedarán para vestir imágenes.

— ¡Cuidado pues con hacerle ninguna indicacion, ó con echarle la menor indirecta!

— ¡No vayas á ponernos en berlina ó á echarlo á perder todo con alguna indiscrecion!

Doña Elena escuchó con paciencia evangélica este troteo de réplicas, proferidas con bastante dureza, y cuando hubo escuchado la última rompió á llorar amargamente. Don Ruperto sacó su pañuelo y se dispuso á enjugar sus propias lágrimas, que no debían tardar en correr.

— ¿Porqué llorais? exclamó Clotilde furiosa.

— ¡Ah! Tú ignoras, dijo su madre sollozando, que no podemos esperar mas.

— ¿Qué no podeis esperar mas? repitió Adela no menos irritada.

— ¿Porqué? preguntó Clotilde con violencia.

— ¡Porque nuestra situacion es cruel... porque estamos completamente arruinados! respondió doña Elena.

A estas terribles palabras, pronunciadas con una energía dolorosa, siguió un silencio de estupor, solo interrumpido por los sollozos de don Ruperto.

— ¡Explicáte! murmuró despues de algunos instantes Adela aterrada.

— Hemos sido unos locos, unos insensatos, dijo doña Elena sin dejar de llorar; porque creyendo próxima la realización de nuestras ilusiones, que Dios sabe si pasarán de serlo, sacrificamos á ellas nuestra fortuna y vuestro porvenir. — En dos años, hijas mías, hemos gastado cuanto poseíamos; y ahora, si no os casais pronto con el marqués y don Luis, tendremos que ganar con nuestras manos el sustento de cada día.

Clotilde exhaló un grito de rabia, y miró á su madre con enojo.

— Y ¿porqué no nos lo habeis manifestado antes? dijo.

— Os veíamos tan contentas, tan felices en vuestra grata existencia, que no queríamos hacerlo hasta agotar los últimos recursos y hasta perder las últimas esperanzas.

Doña Elena hablaba en nombre de su marido, y la verdad es que al pobre hombre le cogia tan de nuevas lo que escuchaba, como á cualquiera de sus hijas.

— Es preciso pues, continuó diciéndo la ex-modista, que descubrais al marqués y á don Luis cuál es nuestra situacion.

— ¡Jamás! exclamó Clotilde.

— ¡Jamás! repitió Adela.

— ¡Antes me clavaria un puñal en el corazon! añadió la primera con acento y ademan trágicos.

— ¡Primero me daría la muerte! dijo la segunda parodiando á la primera.

— Si esos señores no pueden casarse públicamente con vosotras, repuso la complaciente mamá, al menos podrían contraer un matrimonio secreto; y una vez verificado este, hijas mías, era lícito y natural que aceptáseis de ellos los medios de subsistir con decoro y con decencia. Ambos son ricos, y ni al uno le hace falta la herencia de su tío, ni el otro perjudicaría en nada casándose á sus hermanas.

A la imaginacion poética y novelesca de Adela le agradó mucho este plan: un enlace misterioso, en una capilla campestre, á media noche, sin mas testigos que los indispensables... ¡Oh! ¡qué bellísima escena!

A Clotilde, aunque por diferentes causas, tampoco le pareció mal el pensamiento de su madre. De mas talento y mayor penetracion que Adela, comprendió des-

de luego el peligro en que se hallaba, adivinando que era necesario jugar el todo por el todo.

— ¡Pero yo no se lo diré! fué lo único que opuso.

— ¡Ni yo! repitió Adela.

— ¡Yo me encargo de eso! dijo Rosa tomando parte en la conversacion por la primera vez.

— ¿Tú? exclamaron con desprecio sus hermanas.

— ¿Y cómo? preguntó doña Elena.

— Bien sabeis que mi maestro de música es íntimo amigo del marqués y de don Luis, como que él fué quien los presentó en casa. Yo, añadió la hermosa niña ruborizándose, tengo bastante confianza con don Carlos, y hoy mismo le descubriré nuestra situacion, rogándole que se la manifieste sin pérdida de momento á esos señores. ¿Qué os parece?

— De ese modo se evitan los inconvenientes de un paso directo; observó la mamá.

— Realmente, dijo Clotilde, el medio es admisible.

— ¿Con que es decir, añadió Rosa loca de júbilo, que me autorizais para llevarlo á cabo?

— ¡Quedas autorizada! repuso Clotilde con solemnidad.

— ¡Te autorizamos en debida forma! repitió Adela. Doña Elena dirigió á Rosa una mirada cariñosa, y don Ruperto, interpretando su significacion, como un perro enseñado por su amo, corrió á la suave y angelical niña y la cubrió de besos y de lágrimas.

IX.

TIRÓ EL DIABLO DE LA MANTA...

Mientras sus hermanas se dedicaban á una larga y costosa *toilette*, daba su leccion de canto Rosa: ella y Carlos habian elegido de comun acuerdo esta hora, porque entonces tenían mas libertad y mas espacio para hablar. El *maestrino* venia pues todos los días á la una con la puntualidad de un acreedor, aunque no tenia la misma para marcharse, y muy á menudo salia de allí cerca de las tres de la tarde. Así los adelantos de la discípula eran prodigiosos, y llegó un día en que aquella supo tanto, por lo menos, como el maestro. Doña Elena y don Ruperto no se alarmaban con aquella serie de duos, mas ó menos ruidosos, de los jóvenes, y no sospechaban parte siquiera de la verdad.

El lector es mas perspicaz que don Ruperto y doña Elena, y la ha adivinado por completo. En una palabra, Rosa y Carlos se amaban hacia dos años. Así se comprenderá que la una no tuviese grande inconveniente en revelar al otro lo que ella misma acababa de saber.

Pero á las primeras palabras, el maestro se turbó, se puso pálido como la muerte, y cuando Rosa hubo concluido de hablar, cayó de rodillas á sus piés gritando:

— ¡Perdon! ¡Perdon! ¡Perdon!

— ¡Imagínese el asombro y el terror de la pobre niña!

Buscaba un aliado poderoso, y encontraba solamente en su lugar un río arrepentido! A sus súplicas y á sus instancias reiteradas, Carlos consintió en descubrirlo todo: sin comprender las consecuencias de su ligereza, él se habia prestado á ser cómplice de una culpable superchería: ni el amante de Clotilde era marqués, ni el de Adela banquero: ambos pertenecian á familias honradas pero pobres de Andalucía, y estudiaban el uno leyes y el otro para ingeniero civil. Prendados de la belleza de las dos hermanas, no siendo bien acogidos por ellas sus obsequios, y noticiosos de su carácter, idearon la odiosa comedia, que tan cara habia costado á la familia de Castroverde. El maestro de música, algo ligero de cascos y no poco quejoso de la altivez de Clotilde y Adela, no tuvo reparo en cooperar á aquella broma infame.

Rosa escuchó sin pestañear la narracion, que trémulo y avergonzado hizo Salazar de lo referido arriba; despues, cuando el jóven la hubo dado fin, ella sin hablar una palabra le señaló imperiosamente la puerta del aposento.

— ¡Perdon! volvió á decir el criminal.

— ¡Salga Vd. de aquí para no volver nunca! exclamó la niña con dignidad y sin descubrir su profunda emocion.

En cuanto le vió fuera, corrió á la habitacion de su madre, donde todos se hallaban reunidos, y con voz interrumpida por los sollozos, hizo la tremenda revelacion de la verdad; lo único que ocultó, por un sentimiento que se comprenderá, fué la culpabilidad de Carlos, á quien supuso víctima tambien del engaño. La escena que siguió despues es mas para imaginada que para descrita.

X.

LA TELA DE PENÉLOPE.

Segun se puede inferir, no tardó mucho la familia de Castro verde en abandonar la elegante y lujosa mansion de la calle de la Cruz, despues de vender la mayor parte de sus muebles. Por una casualidad extraña, estaba entonces sin alquilar el humilde y modesto cuarto que habia habitado antes, y allí fueron á esconder su vergüenza y su derrota.

Por fortuna, ni Clotilde ni Adela amaban al pseudomarqués ni al pretendido banquero: sugetos ambos completamente insignificantes y frívolos, no podian inspirar á nadie una pasion verdadera y profunda; pero las dos jóvenes se habian acostumbrado á tenerlos siempre junto á sí y á mirarlos como los hombres á quienes debian unir su suerte; á considerarlos, en fin,

como el pedestal de su elevacion, y lloraban amargamente la pérdida de sus ilusiones y la de sus fastuosos goces. Inútil es añadir que ni don Eduardo ni don Luis volvieron á presentarse en la casa despues de la revelacion del maestro de música, y que este mismo se limitó á andar como un alma en pena por los alrededores de la calle de la Encomienda, acechando las entradas y salidas de Rosa, para solicitar un perdon que esta parecia decidida á rehusarle siempre.

Todo lo que les habia quedado á los Castro verde despues de su horroroso naufragio, é incluyendo en la suma el producto de la venta de los muebles, eran unos doce mil reales. Así, reinstalados en su antigua morada, fué preciso adoptar un nuevo sistema de vida. La ex-marquesa y la ex-banquera volvieron á recoser, no cantando ni riendo, sino suspirando, los calcetines de su padre, y á remendar sus propias camisas; suprimida la criada, doña Elena se encargó de la cocina, y don Ruperto de los oficios menudos; por último, *Cenerentola*, con una resolucion sublime, declaró que queria contribuir al sostenimiento de la casa, y que daría lecciones de música. Doña Elena y don Ruperto, los cuales comenzaban entonces á hacerle justicia y á comprender la diferencia que habia entre ella y sus hermanas, la colmaron de besos y de caricias, poniéndola al mismo tiempo en las nubes. Al cabo de dos ó tres meses, Rosa indirectamente auxiliada por Carlos Salazar, contó hasta cinco discípulas, que le valian unos veinte duros al mes. Pero como su madre debia acompañarla en sus excursiones á los barrios mas distantes de Madrid, fué preciso tomar de nuevo una cocinera, á la que se le pagaba un salario de cuarenta reales.

Gracias á esto, la familia pudo vivir con algo mas de desahogo que antes; pero siempre con estrechez. ¡Qué diferencia, no ya con los dos años anteriores, sino con la época en que ocupaban la misma vivienda! Clotilde y Adela, entregadas á una sorda desesperacion, guardaban de continuo un tétrico silencio; doña Elena habia perdido igualmente su locuacidad y no reñia siquiera á su marido; este gimoteaba mas que nunca, y solo se oia á ratos la pura y argentina voz de Rosa, cantando al piano, único resto que conservaban de su opulencia; embromando con sus padres para distraerlos, ó riéndose con sus hermanas, para ver si las hacia desarrugar el ceño.

¡Ay! La alegría habia huido de aquella casa tan alegre en otro tiempo, como huyeran tambien todos los que la animaban frecuentándola: doña Elena no conservaba ni siquiera uno de sus amigos; los antiguos habian sido proscriptos en los días de su envanecimiento y de su embriaguez; los modernos desaparecieron entre el huracan de la adversidad. Solas y tristes pasaban entonces las veladas del invierno; solos y tristes los juéves, antes tan festivos y bulliciosos. En balde hacia Rosa esfuerzos sobrehumanos para conseguir generalizar la conversacion, para darle un giro agradable; entregado cada cual á sus recuerdos ó á sus remordimientos, no respondia sino por medio de monosílabos.

Habia llegado el mes de diciembre con sus nieblas, con sus escarchas y con sus nieves, pero tambien con sus fiestas espléndidas, con sus brillantes espectáculos, con sus multiplicados placeres en una palabra, y las pobres jóvenes, antes las primeras en todas partes, no habian estado todavía en ninguna. Dos ó tres veces propuso Rosa ir al paraíso del Teatro Real; pero Clotilde y Adela desecharon la indicacion con desden. ¡Cómo! ¡exponer á los ojos del mundo su decadencia y su miseria! ¿No valia mil veces mas morir de tristeza y de fastidio? Hé aquí lo que las dos pensaron; hé aquí lo que las dos hicieron.

A principios de enero, doña Elena, atacada de un reumatismo agudo, tuvo que guardar cama, y Rosa, cuyas lecciones iban en aumento, se vió precisada á salir á darlas escoltada por la cocinera. En varias ocasiones, Carlos Salazar, que la aguardaba en la calle, intentó hablarla; pero ella le despedia con severidad siempre.

— Todo ha concluido entre nosotros! repetía la bella niña con una energía que contrastaba con su habitual dulzura.

Una tarde encontró Rosa en el portal de su casa al cartero, quien la entregó un billete con sello del correo interior; conoció ella al punto la letra del maestro de música, y sin embargo, rompió el sobre. Pintóse en su semblante una emocion profunda al leer las líneas que habia trazado aquella mano querida, y despues de recorrerlas dos veces con ansiedad, guardó el papel en el bolsillo y se fué á su tarea ordinaria.

Aquella noche todos notaron que Rosa no reia, ni cantaba, ni hablaba casi: dominada por una preocupacion particular, parecia haber olvidado que estaba entre su familia, y entregábase á sus tumultuosos pensamientos. Alarmados sus padres y sus hermanas al verla así, intentaron lo que ella solia intentar con el propio éxito: Doña Rosa, Clotilde, Adela, hasta don Ruperto, hablaron, embromaron y rieron, pero Rosa permaneció grave, melancólica, muda.

XI.

UN GRAN TRIUNFO.

El 17 de enero de aquel año habia una funcion extraordinaria en el Teatro Real, á favor de un establecimiento de beneficencia. El coliseo estaba magnífico, ocupado por una concurrencia numerosa y brillante; veíase á SS. MM. y AA. en su palco, y á los ministros en el suyo; las dos duquesas de Alba y de Medinaceli,

colocadas enfrente la una de la otra, eran objeto de la admiración de sus respectivos apasionados; y en el resto de las localidades aparecía lo que llaman los periódicos *todo lo mas ilustre y mas bello de la capital*.

Entre otras cosas, iba á cantarse *La Traviata*, pero por indisposición de la célebre prima-dona encargada del principal papel, debía desempeñarlo una cantatriz española, que no había pisado nunca las tablas. Así corrían acerca de ella las noticias mas contradictorias.

— ¿Qué tal será esa chica? preguntaba cierta dama de las que van al teatro, no á ver, sino á ser vistas.

— ¿Qué quiere Vd. que sea, marquesa, sino una media cuchara? respondió un *dandy* contemplándose en un espejillo pegado en lo interior de su sombrero.

En el paraíso las disposiciones del público eran mas propicias á la *debutante*.

— Dicen que tiene una magnífica voz.

— Y luego, la pobrecita es española.

— ¡Será menester aplaudirla!

— ¡Yo la aplaudiré!

— ¡Y yo!

— ¡Y yo!

Por último, en las butacas tampoco estaba la gente mal dispuesta.

— ¡Me han asegurado que es preciosa! decía un pollo.

— El maestro Skozdopole me lo ha confirmado á mí, replicaba otro.

— Pues si es bonita tiene mucho adelantado; añadia un tercero filosóficamente.

La orquesta ejecutó los primeros compases de la introducción de la ópera; apareció en su concha el apunador; se oyeron los gritos acostumbrados de *¡Sentarse, sentarse!* y se levantó la cortina. Todo el mundo asió sus anteojos á la artista desconocida, y á poco resonó un murmullo prolongado de aprobación.

— ¡Es lindísima! exclama un viejo sátiro devorándola con sus miradas.

— ¡*She is very beautiful!* decía un inglés con entusiasmo.

— ¡*Ma foi, elle est charmante!* repetía en su idioma un agregado á la embajada francesa.

— ¡No está mal vestida! observaban las mujeres.

— Es casi una niña; murmuraban los hombres.

Cantó la *debutante*, y desde el principio su voz dulce y melodiosa cautivó al auditorio: resonaron entonces aplausos de benevolencia que la prestaban ánimo; y después, los espectadores, embelesados y sorprendidos, la llamaron una, dos y tres veces á la escena. La reina misma la saludó con su pañuelo, y la duquesa de Alba la arrojó su ramillete.

Durante el resto de la representación el entusiasmo fué en aumento; las ovaciones se repitieron, y el tablado se cubrió de flores. Porque por un fenómeno poco común, aquella niña, que se revelaba grande artista desde sus primeros pasos, unía á su talento de cantatriz un talento dramático de primer orden.

Un joven colocado en las últimas filas del paraíso llamó la atención de todos sus vecinos por sus gritos y por sus extremos. Reía y lloraba á la par; aplaudía con los pies y con las manos; gritaba *brava, bravísima y diva* á cada momento, y en fin cuando terminó la representación saltó como un loco la alta gradería con inminente peligro de estrellarse, y atropellando á este, derribando á aquel, corrió á lo interior del teatro.

XII.

DONDE SE PRUEBA QUE LA FORTUNA NO ES DEL QUE LA BUSCA, SINO DEL QUE LA ENCUENTRA.

Estaba la joven prima-donna en el centro de un círculo extenso, formado por los personajes que habían acudido á conocerla y á felicitarla, y palpitaba violentamente su corazón de júbilo y de entusiasmo, cuando el joven del paraíso, separando á los que se le ponían por delante, penetró allí, se dejó caer á los pies de la bella artista, y levantando los brazos exclamó con acento patético y suplicante:

— ¡Perdón! ¡Perdón!

Rosa le miró un momento en silencio, y tendiéndole la mano, le dijo con expresión y ternura:

— ¡Levántese Vd!

El maestro de música se precipitó sobre aquella rosada mano y la cubrió de ardientes besos, antes de que la niña pudiese retirarla.

— Si hace Vd. locuras, repuso la prima-donna, volveremos á enfadarnos.

Entonces, saludando amable y graciosamente á los espectadores de aquella escena, se apoyó en el brazo de Salazar y se encaminó con él á su cuarto.

Media hora después entraba en la humilde casa de la calle de la Encarnación, acompañada del *maestrino* y de la criada, sus auxiliares y cómplices en el secreto, y confesaba á sus padres y hermanas que no era á un concierto, según les dijera, á donde había ido á cantar, sino al primer teatro de España y á uno de los primeros de Europa, consiguiendo en él un triunfo inmenso. Doña Elena estuvo para ahogar á su hija á fuerza de abrazos; don Ruperto inundó el gabinete con sus lágrimas; Clotilde y Adela no despegaron sus labios y oyeron con envidia la narración de *Cenerentola*.

Al día siguiente Rosa firmó una escritura ventajosa por el resto de la temporada con el regio coliseo, y en las funciones en que después cantó produjo todavía mayor efecto que en la primera. *Lucia, Il Trovatore, La Sonambula* la valieron ruidosas ovaciones, y en breves días

una reputación que, salvando los Pirineos, llegó muy pronto al país *dil bel canto*.

Solo un triste é imprevisto acontecimiento vino á amargar esta serie de triunfos y prosperidades. Cada noche que Rosa cantaba, iba el bueno de don Ruperto á situarse en el rincón mas retirado del teatro, y allí solo consigo mismo tenía tiernos y deliciosos diálogos:

— ¡Es mi hija! exclamaba lleno de orgullo al escucharla.

— ¡Parece imposible que sea hija mia! añadía luego.

— ¡Y cuando pienso que soy su padre! decía por último.

Aquellas horas de purísimo placer compensaban al pobre hombre las muchas de dolor que había pasado en el mundo, haciéndole derramar á torrentes el llanto. En la segunda representación de *La Sonambula* fué tanto lo que gozó, tanto lo que se conmovió, tanto lo que lloró, que á la mañana siguiente fué acometido de un ataque cerebral, y á los tres días murió. Pero su muerte fué dulce, placida, tranquila, y su último suspiro se confundió con una blanda sonrisa.

CONCLUSION.

Actualmente Rosa, que ha italianizado su nombre y se llama Rosina Castroverdi, está casada con Carlos Salazar, es una de las primeras cantatrices de la época, y se halla contratada en la Scala de Milan.

La marquesa Clotilde ha dado su mano á un rico comerciante de la calle de E-poz y Mina, y algunas veces se digna aparecer detrás del mostrador de su marido.

Adela por su parte temiendo no encontrar cosa mejor, se ha unido al poeta, que es ahora auxiliar del ministerio de la Gobernación, con el sueldo de 16,000 reales.

En cuanto á doña Elena, acompaña á Rosa en todas sus excursiones, y podemos decir que es la madre de *prima-donna* mas legítima que puede imaginarse. Ella interviene en los ajustes; ella se arregla con la *claque*; y ella, en fin, compra las coronas y ramilletes que una parte del público arroja cada noche á su artista favorita.

Ella tiene el alma sobrado grande para intervenir en semejantes pequenezes, y en la encantada atmósfera en que vive no sospecha siquiera que una mano amiga é interesada se ocupa en disponer los laureles que han de llevar su nombre glorioso é ilustre á la inmortalidad.

PEDRO FERNANDEZ.

Eclipse de sol del 18 de julio.

(Véase el número 395.)

Desearo insertar en nuestro periódico una relación completa y detallada del eclipse del 18 de julio, observado en España, como saben ya nuestros lectores, por comisiones científicas de los principales países europeos, hemos esperado á que el ilustrado director del Observatorio de Madrid diese á conocer al público los resultados de las observaciones que le estaban encomendadas de real orden en unión con otros astrónomos y catedráticos de las universidades é institutos del reino, y hoy que nos es conocida la Memoria que con tal objeto ha elevado el referido señor director á conocimiento del ministro del ramo, la trasladamos íntegra á nuestras columnas. Hé aquí su contenido:

Excmo. señor: En cumplimiento de lo dispuesto por V. E., la expedición astronómica de este observatorio, que debía situarse en el Desierto de las Palmas, cerca de Castellón de la Plana, con objeto de observar el eclipse total del sol del 18 de julio, salió de esta corte para su destino el día 1º del propio mes, y llegó al término de su viaje sin experimentar contratiempo alguno el 4 del mismo. A la comisión española acompañó desde Madrid el M. R. padre Secchi, director del observatorio de Roma, con quien anteriormente había yo concertado el plan de operaciones que debía seguirse como mas ventajoso, y cuyos instrumentos astronómicos, unidos á los nuestros, forman una excelente colección para el estudio del fenómeno celeste que tanto entonces nos preocupaba; y posteriormente fueron agregándose otros profesores y personas ilustradas que mas adelante habrá ocasión oportuna de mencionar.

No es mi ánimo, Excmo. señor, dar á V. E. una noticia circunstanciada de cuantas observaciones se han hecho en el Desierto en los quince días que allí nos hemos visto obligados á permanecer, pues además de impedirme las muchas ocupaciones que sobre mí pesan en estos momentos entregarme de lleno á la coordinación y reducción de todos los números recogidos, es preciso examinar con calma y detenimiento las observaciones verificadas en otros puntos, y compararlas con las nuestras, antes de aventurar ninguna hipótesis para explicar los complejos y multiplicados fenómenos que han sido anotados en la ocasión actual, y sobre los cuales todos los días se reciben en este observatorio noticias y pormenores muy importantes y curiosos, ya debidos á los sabios astrónomos extranjeros que han visitado nuestro país, ya á los muchos é entendidos profesores y aficionados de que puede envanecerse España. Por estas razones me limitaré en las circunstancias actuales á dar á V. E. una breve idea de la clase de observaciones que se han hecho y de los principales resultados obtenidos, así como del juicio primero que sobre algunos puntos

capitales me he llegado á formar; juicio que tal vez se modifique mas adelante por el estudio de los números, datos y observaciones que se están reuniendo y á los que poco mas arriba acabo de aludir.

Los trabajos efectuados por la comisión pueden dividirse del modo siguiente:

1º Observaciones astronómicas para la determinación del tiempo local y de las fases del eclipse.

2º Operaciones fotográficas para la fijación de estas mismas fases, especialmente de la totalidad del fenómeno.

3º Estudio físico de la polarización y naturaleza de la luz de la corona.

4º Idem sobre los colores y rayas del espectro solar.

5º Observaciones magnéticas.

6º Idem meteorológicas.

7º Idem de varias clases y sobre diversos fenómenos.

El director del observatorio de Roma, el señor Cepe-da, catedrático de la universidad de Valencia y entusiasta aficionado á la astronomía; don Cayetano Aguilar, ayudante de este observatorio, y el que tiene el honor de dirigirse á V. E. fueron los encargados del primer género de observaciones. Llegados á la estación se plantearon inmediatamente los instrumentos, y con ayuda de un buen sextante y de un anteojo meridiano portátil, construido por el célebre artista de Hamburgo señor Repsold, pudo en breve determinar la hora del lugar y seguirse todos los días despejados la marcha y variaciones de los cronómetros. No se emprendió ningún trabajo para la determinación de la latitud, porque ni el tiempo nos favoreció en extremo, ni podíamos emprenderle sin abandonar otras ocupaciones mas perentorias, y principalmente por ser ya aquel dato conocido desde antiguo con la suficiente exactitud para nuestros usos y necesidades del momento.

Las operaciones fotográficas corrían á cargo del distinguido catedrático de química de la universidad de Valencia don José Monserrat, auxiliado del padre Vinader, catedrático de física del seminario de Salamanca; del señor Orellana, fotógrafo y discípulo del mismo señor Monserrat, y de otras dos personas mas.

El instrumento empleado en estas delicadas operaciones era un antiguo anteojo de Canchoix, de seis pulgadas de objetivo, montado paráliticamente ó con movimiento adecuado para seguir el curso de los astros, y que el padre Secchi había traído desde Roma á España con este objeto especial. También con este aparato se hicieron antes del eclipse muchos ensayos en las altas horas de la noche ó primeras de la madrugada, tomando para blanco de la operación la luna, en cuarto menguante y muy elevada entonces; y los resultados satisfactorios que se iban obteniendo sostenían la esperanza de alcanzar en el día del eclipse otros mas importantes y completos.

Las observaciones sobre la naturaleza y polarización de la luz de la corona, y el examen de los colores y rayas del espectro se encomendaron al señor Barreda, catedrático de física de la universidad de Salamanca, y que muy oportunamente llegó al desierto dos días antes del eclipse, prestándose gustoso á cooperar al buen éxito de la expedición.

El señor Mayo, profesor de geodesia de la escuela de ingenieros de caminos, se encargó asimismo con el mayor entusiasmo de las observaciones magnéticas, para lo cual se puso á su disposición un declinómetro que en los días precedentes se había ya también observado por el padre Secchi.

Entre varias observaciones físico-meteorológicas que podrían emprenderse, se juzgó como muy digna de llamar la atención el estudio del incremento ó aumento del calor solar á medida que, durante el eclipse, la luna ocultaba poco á poco el disco del sol, ó iba luego dejándole reaparecer; y de este trabajo se encargó el señor Botella, inspector de minas del distrito de Valencia, valiéndose para ello de un termo-multiplicador de Melloni.

Finalmente, el señor conde de Pestaguas, capitán de artillería, y otras muchas personas cuyos nombres sentimos no poder recordar, y que atraídas por su amor á la ciencia habían acudido á la estación, se encargaron de las demás observaciones meteorológicas, de examinar el aspecto del cielo, aparición de las estrellas, las tintas variables del horizonte, y en fin, de anotar cuantos fenómenos imprevistos pudieran ocurrir, para lo cual, como es de suponer, se les dieron antes todas las noticias é instrucciones necesarias.

Rodeado el convento de carmelitas de las Palmas de grandes montes que limitan sobremanera el horizonte, y podían dificultar la completa observación del eclipse, decidí de acuerdo con el padre Secchi, dividir el personal de la comisión en dos secciones principales, situando una de ellas en la ermita de Nuestra Señora del Carmen, poco distante del convento, y que ofrecía alguna comodidad para los trabajos fotográficos y demás experiencias de óptica, y eligiendo para la segunda la ermita de San Miguel, á una altura próximamente de 300 metros sobre el nivel del convento, y cuyas condiciones topográficas parecían mas á propósito para las observaciones astronómicas y meteorológicas.

Este último punto además reunía la circunstancia de haber sido vértice de la cadena de triángulos de la meridiana de Francia, y serlo también de la triangulación española, hallándose ya así su posición bastante bien determinada. Hasta la víspera del eclipse, sin embargo, renunciamos á instalarnos en tan encumbrada estación por la dificultad de la subida, la completa carencia de medios para subsistir allí, y la imposibilidad de alojar-



El marqués TRECCHI DE CREMONA, ayudante de Garibaldi. J. GODEFRAY

además nuestra ansiedad y desconsuelo el contemplar la costa próxima del Mediterráneo bañada por los rayos del sol, y despejado también un valle situado del lado opuesto hacia nuestra espalda, sin poder ya por lo avanzado de la hora, el enorme peso de nuestros instrumentos y la escabrosidad de aquellos contornos pensar en huir de nuestra estación y escoger otra más conveniente ó favorecida por las circunstancias del momento.

(Se concluirá)

El marqués Trecchi de Cremona

AYUDANTE DE GARIBALDI.

El marqués Trecchi de Cremona cuyo retrato se ve en esta página, ha sido uno de los primeros voluntarios que han corrido al lado de Garibaldi, cuando este dió la señal de la expedición de Sicilia. Ya el año último había hecho la campaña de Varese, y combatió valerosamente en Como cerca del general, que entonces le nombró su ayudante.

Estatua del mariscal Jourdan

La ciudad de Limoges ha querido elevar una estatua á uno de sus hijos más gloriosos, á J. B. Jourdan, que se enganchó como soldado á la edad de diez y seis años, hizo la guerra de América, y regresó á Francia á tomar parte en los grandes combates de la República. Nombrado general de división, derrotó á los austriacos en Arlon,

tomó Dinan, Charleroi, y ganó las victorias de Wattignies y de Fleurus. Durante el imperio fué elevado á la dignidad de mariscal de Francia, y murió siendo gobernador de los Inválidos en 1833.

La estatua del mariscal Jourdan, expuesta por unos días en París delante del puente de las Artes, es obra de un artista de talento, M. Elias Robert

P. P.

El preso misterioso.

El personaje misterioso cuyo retrato damos copiado de una fotografía enviada de Nápoles, ha sido descubierto hace algunas semanas en la cárcel de San Francesco en Nápoles. Hé aquí algunos pormenores sobre su historia que hallamos en una correspondencia de la misma ciudad fechada el 25 de julio último:

«Entre los presos políticos que yacían sepultados en los lóbregos calabozos de estas prisiones se ha encontra-

do una especie de segunda máscara de hierro. Joven aun, la fuerza de los sufrimientos y de las penosas privaciones de su trágica existencia ha precipitado su vida en términos de representar un hombre sexagenario. Personas que lo vieron al sacarlo del calabozo aseguran que estaba horroroso y que de todo daba señales menos de ser humano. De una regular estatura, su cuerpo estaba encorvado, y su cabellera y barba, enredadas y encanecidas, le cubrían hasta las rodillas. Parece que al presentarse á la luz del día fué tal la impresión que esta produjo en su vista, que fué preciso volverle inmediatamente á la oscuridad por consejo de los facultativos, é irle preparando por grados hasta habituarlo á una claridad que le era tan perjudicial. La relación de este hombre acerca de los recuerdos de su vida tiene mucho de novelesca y algo de fantástica.

Segun él se crió en Roma en compañía de un matrimonio, — que no eran sus padres, pues ignora de quién descende, — hasta la edad de quince años en que se embarcó con dicho matrimonio en un buque de su propiedad; viajó cinco años, siempre á bordo de este buque, y con sus padres adoptivos, por el Egipto, Asia y América. En uno de estos viajes, cuyo objeto era el de comprar y vender diferentes mercancías, naufragaron y él solo fué salvado por una embarcación austriaca que lo trajo á Génova. Desde esta población se dirigió á Roma, pues recordaba que un negociante de aquella ciudad le pasaba una pensión de 20 escudos mensuales, en cambio de un recibo que firmaba con el nombre de José Casanova. Su fisonomía había cambiado, y al presentarse al negociante, este dudaba entregarle la expresada cantidad; pero al fin accedió á ello, y con esta pensión vivió en Roma dos meses, siendo preso después por la policía romana y conducido á estas cárceles donde se hallaba encerrado hacia largo tiempo, sin otro alimento que pan y agua, y para descanso de su cuerpo un montón de paja.



CASANOVA, EL PRESO MISTERIOSO.

No hago más que reproducir lo que he oído respecto de este desgraciado ser, y suprimo las infinitas versiones de que se ocupa el vulgo refiriendo actos atroces de inhumanidad y de barbarie, que á ser ciertos, justifican el encono de este pueblo contra los agentes de una institución que á tantos y á tan vituperables y crueles excesos se entregaba.»

Monseñor Luis Martín Porchez.

Damos aquí el retrato de un virtuoso obispo de San Pedro y de Fuerte de Francia en la Martinica, que se ha distinguido por su caridad, su dulzura, su celo evangélico, y que ha fallecido con gran sentimiento de todos sus diocesanos. Monseñor Luis Martín Porchez había nacido en Amiens. Su pérdida ha sido tanto más sentida cuanto que monseñor Porchez ha fallecido víctima de su celo, de resultas de las fatigas que experimentó durante un viaje pastoral. Segun escriben de la Martinica, toda la población de la ciudad y de los campos vecinos asistió á sus funerales.



MONSEÑOR LUIS MARTIN PORCHEZ obispo de San Pedro y de Fuerte de Francia en la Martinica.



ESTATUA DEL MARISCAL JOURDAN ejecutada para la ciudad de Limoges por M. Elias Robert.